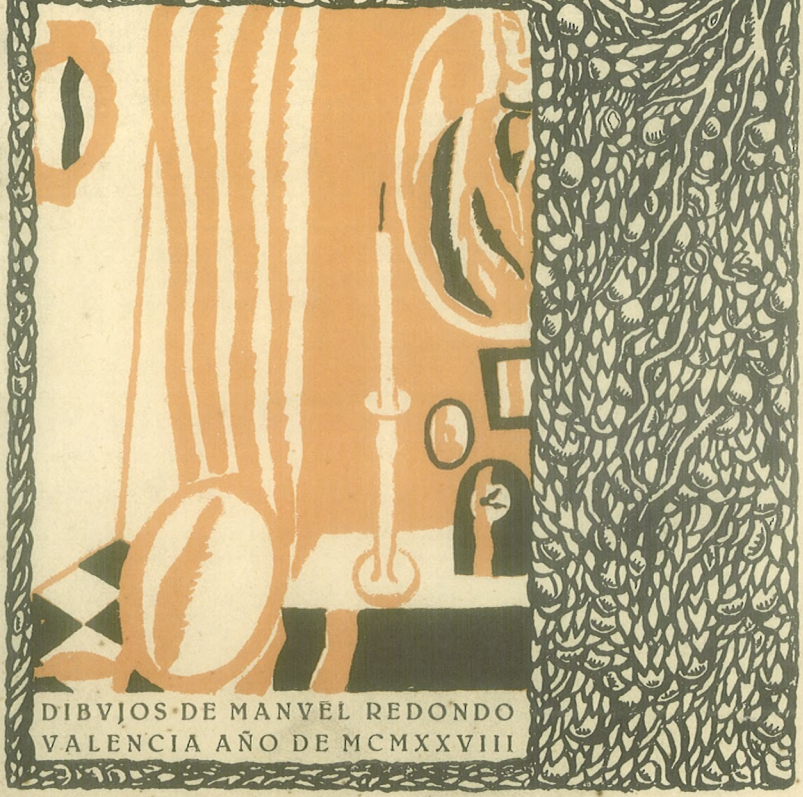
JVAN GIL ~ ALBERT

VIBRACION D'ESTIO



DIBVJOS DE MANVEL REDONDO

VALENCIA AÑO DE MCMXXVIII

Instituto Juan Gil-Albert
Alicante
1984

En 1928 se publicó esta obra que hoy reeditamos en facsímil. Junto a «La fascinación de lo irreal», de 1927, que aparecerá próximamente, constituyen los dos primeros libros de Juan Gil-Albert, siendo un testimonio, imprescindible diríamos, de su escritura hacia los veinte años. Gil-Albert, seducido por el modernismo, aborda aquí un mundo de sensaciones que son génesis de su estética posterior o, al menos, de una parte de ella. Su «Vibración de estío» debe complementar así las «Obras Completas» que están siendo editadas por la Fundación Alfonso el Magnánimo, en cuanto libro de juventud que entrega claves de un escritor que estaba entonces empezando a desarrollar, con una indudable madurez ya, una de las obras literarias más atractivas de nuestro siglo.

INSTITUTO JUAN GIL-ALBERT
Diputación Provincial de Alicante
1984

Gráficas CIUDAD, S.A. - D.L. A/1073/84

VIBRACIÓN DE ESTIO

EXCLUSIVA DE VENTA

LA SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERÍA

JUAN GIL-ALBERT

VIBRACIÓN DE ESTÍO

(ILUSTRACIONES DE MANUEL REDONDO)

1928
TIPOGRAFÍA "LA GUTENBERG"
VALENCIA

PRINTED IN SPAIN
PROPIEDAD LITERARIA
DERECHOS RESERVADOS A TODOS LOS PAISES
COPYRRGHT BY J. GIL-ALBERT 1928

Para mi madre,
que conoce de la vida todas
las pequeñas tragedias.

I

ODOS los días bajaba el joven señor artista de la cumbre al valle. El camino, siempre el mismo, era una ruta campesina abierta entre bancales de trigo. Se desenvolvía escondido por peñas rotas y campos secos de olivares, para ondular luego en la hondonada refrescándose de los junquillos que cre-

cían al borde del riachuelo. De las montañas en anfiteatro se desplegaban los campos como un cendal de miel que se volcara de lo alto. Las pequeñas pinadas olorosas, los manojos de cañas que despedían un suave susurro, la quieta procesión de unos cipreses que guardan una alquería reposada y blanca, todo asciende al cielo, terso, glorioso, de una transparencia de cristal azul. Son los últimos días de una Primavera. Los matices verdes parecen bañados de un jugo brillante. De los viñedos llega una sensación de vida joven que va asomándose con mucha gracia en una sonrisa de pámpanos tiernos de las entrañas de los viejos sarmientos.

Todos los días, en esa hora cálida y dorada del mediodía, bajaba el joven señor artista de la cumbre al valle. Iba vestido de blanco, anudado al cuello un amplio pañuelo de crespones y desnuda la cabeza con los bucles al viento. Le veían pasar los labriegos que alzaban del suelo la curva terrosa y bronceada de sus torsos; las lugareñas que volvían del mercado con el rostro encendido de sol junto a una acémila vieja, mansa y su-

dada remontada de una niña morena con vestido de media fiesta; algunos viejos pastores conduciendo su rebaño de cabras pardas y una res menuda, retozona y peludita, cuyo balido dejaba en el aire una emoción de criatura humana que se queja, y todos quedábanse mirándole, muy callados o con una sonrisa de extrañeza. El vivía unos momentos de gozo sintiéndose feliz y romántico en aquella hondonada, donde el sol venía a mirarse en el mullido espejo de las mieses de oro. Su alma se ensanchaba como el paisaje, reposaba en la sombra de las higueras lucidas, olorosas de jugo, y desde allí, como un dios joven bajo su dosel de pámpanos, iba extendiendo la vista por los senderos y valiados, por los hortales campesinos, por las sendas rubias que se pierden en un jardín de manzanos o en una balsa tranquila. Era un artista. Su vida interior, de una sensibilidad tan rica, sentíase acariciada en el campo de una indecible ternura. Su gusto por las elegancias y el fasto le habían inclinado a amar la vida en las altas esferas, entre un brillo artificial de Embajadas y Canci-

llerías. ¡Qué gran equivocación la suya! Su alma, siempre en éxtasis de sensaciones bellas, sangraba o se recogía temerosa ante el torbellino utilitario y banal del siglo. En algunos espíritus, esa edad corta y adorable en que el último aliento de la adolescencia convive con los primeros fulgores de la madurez, es un campo propicio para el despertar de vegetaciones dormidas. Todo el impulso, hasta ese momento, se resuelve inútilmente, se pierde. El fruto deseado no pudo alentar en la tierra mal dispuesta a recibirle. Y como un milagro de generación espontánea, se ha ido formando otra flor, calladamente, con mucha lentitud, pero cuyas raíces se prenden en el alma, y el fruto, ya en sazón, va goteando el zumo de toda una vida. Muy pocos, sin embargo se desprenden de ese embuste que es su camino equivocado; hacen de él una vestidura fantástica, con el que danzan en el bailable de los mundos. ¡Oh graciosas paradojas humanas! ¡Cuántos financieros arrastrando un alma sensiblota y dulce, cuántas cortesanas que hubieran sido madres burguesas, y cuántos desclasificados,

cuyas vidas obscuras no corrompen la nitidez sublime de sus espíritus!

Se distraía en estos pensamientos el joven señor artista. Entonces bajaba una cuesta tostada y seca, con grandes piteras asomadas a los márgenes, tomando muy quietas el sol. Una nube blanca, mullida, se esponjaba en el firmamento luminoso de azul. El la contempló largo rato, diciéndose: Es como mi alma vagando por el éter infinito. Un cercano son de esquilas le despertó de su ensimismamiento. Venía un zagal cobrizo y juvenil pendiéndole de la boca una rama florecida de granado; con un varal de olivo golpeaba las piedras del camino, entonando un cantar que sonaba cansino en la mañana soleada. Las reses le describían una aureola cándida y feliz brincando de los bancales, gozando de la grama tierna de las laderas.

Se internó el joven señor por el caminal de la almazara de viejas carrascas sarmentosas. Entonces, en la semipenumbra de los largos ramajes, las huellas del sol primaveral le reaparecían más notoriamente señalando

dos líneas rosadas sobre las mejillas pálidas. Tenía el joven señor artista una belleza fina que las gentes incultas encontraban afeminada. Era demasiado blanco, con un perfil de líneas un poco altivas, al que la cabellera rizosa, negra y brillante le daba una expresión de graciosa juventud. Su cuello era delicado de músculo; sus piernas, fuertes y ágiles como las de un dios clásico, nómada y aventurero. La mayor de su belleza, en sus manos. Manos de príncipe artista. Aquellas manos que Clouet pintó en el maravilloso retrato de Carlos de Valois, conservado en el Museo de Viena.

II

La alquería se le aparecía irregular de techumbres y de tapiales, cuajada de todo el sol de mediodía. Nadie en la era ni en los caminos. Un olor de heno, un mujido profundo, un cálido aliento de establos. Internándose por la solana el joven señor artista, se sintió dulcemente sorprendido. Una adoles-

cente rubia descansaba en medio a una plantación de geranios y madreselvas. A sus pies tenía una regadera esmaltada de rosa, y parecía muy entretenida en la contemplación de su pequeño huerto. El contraste de la figura finísima, pálida, aristocrática, con el fondo agreste de las rocas y pinares, conmovieron extrañamente el alma del artista. Cruzó la senda, pasó ante ella, que levantó su cabeza ambarina devolviéndole el saludo con una mirada muy clara de azul diluído, llegóse hasta el casal y franqueó su puerta redonda, como un horno campesino muy grande. Una mujer, fresca aun, morena y limpia, le vió desde el fondo de su cocina, que tenía una semipenumbra veraniega.

—¿Tenéis la bondad de decirme quién sea esa señorita de vuestro jardín?

—¿Os referís a mi hija, Señor?—le devolvió preguntando la mujer, avanzando hacia él con las manos purpúreas de jugosos tomates que andaba mondando. El olor del fruto se expansionó por el ámbito.

—Os hablo de una niña enlutada y rubia que descubrí al pasar sentada a la sombra

de unas acacias. ¿Sabéis en qué finca vive de estos alrededores?

—¡Os referís a mi hija, Señor!—y esta vez afirmó la mujer, con una expresión de gozo que le inundó todo el rostro.

El joven señor artista la miró fijamente. ¿Tendría los sentidos cabales la mujer? ¿Intentaba bromear en un exceso de confianza, tan frecuente en ciertas gentes lugareñas?

Ella comprendió su estupor. Salió del húmedo recinto, iluminándose de sol, y llamó repetidamente:

—¡Adelaida! ¡Hija! ¡Adelaida!...

Tras del muro subió una voz débil en la mañana tan hermosa:

—¡Voy, madre, voy!—Y venía ya la niña, enlutada y rubia con un pomo de geranios rojos.

El se estremeció al oir la palabra grande y cariñosa. Luego, viéndola brotar en el paisaje sencillo, la encontró más alta de lo que imaginara, más alta, y muy delgada, con una euritmia de movimiento tranquila y clásica.

—No lo creía el Señor, Adelaida. Ven. Dale un beso a tu madre, para que lo crea. Pero lleva cuidado en mis manos, que no andan muy limpias.

Luego les ofreció unas sillas, sentándose entre los dos adolescentes, secando sus manos en una toalla muy historiada de largos flecos. Adelaida se complacía en el desconocido con una sonrisa muy suave. En los momentos de turbación levantaba los ojos, y llevaba la mirada muy lejos, a los campos de enfrente, que la recogían cariñosos, en su tonalidad de miel.

La madre comenzó su relato—el mismo de infinidad de veces—en un estilo de novela de aventuras, insistiendo en algunos puntos, repitiéndose siempre, todo salpicado de interjecciones fantásticas, desviándose de lo esencial en largos rodeos de contadora de pueblo.

—¡Claro que era su hija! ¡La última, la más chiquita, la más querida! ¡Pero es mi hija, y no lo es, Señor! Mi Señora la Baronesa se quedó con ella! Allí me nació la niña, en Madrid, en el Palacio...

—¿La Baronesa? ¿Pero a qué Baronesa os referís?

—¿Pero a cuál va a ser, Dios mío? ¡La Señora Baronesa! ¡La de "La Cinta"!—Y señalaba con su mano morena, hacia la derecha del valle, una arboleda umbrosa.

El joven señor se dijo: ¡Ah! ¡La Baronesa María de Aguas-Claras!—Y escuchó la historia.

La mujer había sido nodriza de la hija única de la Señora. Hacía de aquello más de veinte años. La pequeña se llamó Adelaida. En ella vivían todas las ilusiones de la madre. La besaba como loca, se abstraía mirándola. El mundo tenía para ella un eje, un punto de referencia: Su hija. Cuando creció la educó a su lado, cuidadosamente, con una pulcritud y desvelo de artista que pule su obra, su obra más querida. La niña se desenvolvía alegre, sana, mimada, verdadero retoño de una madre noble, rica y cristiana. El abandono del marido, aristócrata de amoríos y francachelas, los reveses de fortuna, lentos pero continuos, todo tenía una importancia velada y secundaria para la Se-

ñora. Cuando la niña cumplía los trece años, unas calenturas tíficas pusieron en dolorosa conmoción el Palacio entero. La madre, envejecida y pálida de insomnios, veló durante aquellas terribles noches a la enferma, insensible a los ruegos de los familiares, que la instaban al necesario descanso, queriendo, con un extraordinario impulso interior, retener aquella vida, que se le escapaba entre una respiración fatigosa y los sudores de la fiebre. Una noche el cansancio físico rindió a la Señora, que durmió un sueño profundo de pesadilla. La Hermana de la Caridad, una monja navarra, grande, blanca y dulce, quedóse sola con la moribunda. Y cuando amanecía muy lentamente aquel día de invierno, la pequeña Adelaida había muerto. La nodriza vino hasta Madrid para rendir a la Señora el testimonio de su verdadero dolor. Venía madre ya de cinco cachorros campesinos, sanos y fuertes, y bajo la suave línea de los senos se acentuaba la curva saliente de un cercano alumbramiento. Ante la Señora, muda de penar reconcentrado, la mujer tuvo un ligero desvanecimiento. Aquel penar de la

Señora lo compadecía intensamente la antigua sirvienta. La condujeron los criados a la cámara alta. A los dos días de un parto fatigoso y difícil nacía una niña menuda y delicada. La Señora Baronesa, al contrario de casi todos aquellos heridos por un dolor, que se tornan egoístas de su sufrimiento, insensibles ya sus centros sensitivos a emociones ajenas, atendió a todos los cuidados de la parturienta, teniendo ella misma detalles exquisitos. La mujer arrastró una convalecencia larga y anémica en el Palacio de la Señora. La Señora misma la acompañaba algunos momentos en pláticas afectuosas. La enferma, incorporada en su lecho tomando un caldo untuoso y dorado, le sonreía de agradecimiento, viendo cómo se complacía en la hijita, que abría unos ojos muy azules sobre la faz de la Señora.

Y la Señora pareció comprender aquella casualidad que le enviaba el Destino. Se le apareció su camino seco, árido, lloroso. ¡Y su fondo sensible estaba tan necesitado de amor! Los Señores Barones de Aguas-Claras sostuvieron a la neófita mientras el sacerdote

le vertía la liturgia del Bautismo. Se le impuso el nombre de la muerta: Adelaida... Cuando la madre, ya con colores de rosa silvestre, preparaba sus bártulos para reunirse con los suyos en su pequeño hogar, la Señora le pidió como una gracia que les dejara a la hija. Al primer momento de asombro siguieron las lágrimas y los besos sobre las manos pálidas de la Señora. Ese sacrificio del padre que cede a otro su hijo, será siempre distintamente comentado ¿Es que el verdadero cariño está en aquellos que prefieren todas las desdichas a esa separación antinatural y dolorosa? ¿O, al contrario, en los que muestran ese sublime renunciamiento en aras de una mayor felicidad hacia el hijo que adoran?... La madre tornó a su hogar, con los senos rebosando vida—¡allá en el pueblo amamantaría algún niño de labradores ricos, o quizás al nieto del Notario, que acababa de nacer!—, y cuando en las despedidas, la nodriza de randas y collares le mostró a la hija entre una gloria de encajes y cintas, la mujer sintió una sensación extraña. ¡Se le separaba de aquella criatu-

ra, Dios mío! Aun besándola, la veía muy lejana. Claro que todo esto no lo sintió la mujer sino atropelladamente, sin analizarlo, sólo como en un zarpazo momentáneo al corazón...

Les llegó un pisar cansado de acémila. El lacayo de la Señora Baronesa, con su uniforme de temporada veraniega, de color terroso, traía el jumento del renzal. Se asomó a la entrada fresca, de baldosas regadas:

—Por la Señorita Adelaida venía, que ya es la hora del almuerzo.

El joven señor artista pareció volver a la realidad. La madre de Adelaida llamó a grandes voces, y vino una fámula campesina, despeinada y en desarreglo de sus quehaceres...

—Prepara en un cesto pequeño los mejores albérchigos para mi Señora la Baronesa—y volviéndose—. Todo es para ella, Señor, en esta casa, puesto que de ella nos vino. Mirad mi alquería, mis campos, mis frutales y mis vacas lecheras; a ella lo debemos todo, Señor. Es nuestra Virgen. La Virgen de "La Cinta".

Mientras, Adelaida habíase sentado sobre

la jamuga, silenciosa y risueña. La mujer se despedía con cariñosos aspavientos. Y vino la criada, con el cesto rebosante de dorados albérchigos. El lacayo abrió la marcha dirigiendo al jumento. Al lado, dialogando con la niña, caminaba el joven señor. El camino serpenteaba unas tierras de labrantía. Cruzó un cendal cándido de palomas. Adelaida abrió su sombrilla de seda violeta.

—¿Os gusta el campo?

Ella le respondía, con los ojos dulces sobre las altas cumbres de oro:

—¡Oh! Se respira más anchamente. Yo tengo más vida.—Y llevábase al pecho su mano diáfana, como queriendo percatarse de su respiración gozosa. El la miraba de cerca, y tuvo un presentimiento.

¡Aquella criatura respiraba con fatiga, como una enferma!

En un trenzado de sendas claras tuvieron que separarse. La niña le musitó temblorosa:

—¿Vendréis a visitar a la madrina?

—Iré, sí; mañana por la tarde.

Y se alargaron la mano a un tiempo.

—¿Cómo debo llamaros?

—Llamadme Luis Fernando.

El la despedía quieto en el camino, los pies sobre unas hierbas suaves. Adelaida le daba el adiós agitando blandamente su pomo de geranios. Luego desapareció tras un espeso jaral.

III

RA la tarde del último domingo de Mayo. El ámbito se saturaba de la floración de los campos. Sobre un montículo remansaban los almendros, irreales de tacto y de color, como una gasa muy fina que una deidad abandonara en la huída. La campiña y los campos de labor recibían con gozo la belleza de la tarde dominical hecha sólo de in-

finito, de azul, de aromas, de sol, sin pisar de caballerías, ni balar de corderos, ni eco de conversaciones humanas. Luis Fernando tomó el camino de "La Cinta"... ¡Cuántos deliciosos ensueños desde la mañana anterior! El pensamiento, fijo en la misma idea, creaba a su alrededor, expansionándose de imaginación. El encuentro con la niña enfermiza y rubia habíale conmovido profundamente. Profundamente y artísticamente. Sólo alguna delicada obra de arte había conseguido llevar a su alma esa misma impresión de influencia sutil, que va entretejiendo, sin apenas darnos cueta de ello, todos los momentos de nuestras vidas. "El Retrato de Dorian Gray", que leyera muy joven aun, esa magia de oros que el Tiziano puso en el lienzo de la Emperatriz Isabel, habían actuado del mismo modo sobre su sensibilidad, originando esa lucha de ideas que se produce cuando actúa sobre nuestra formación una influencia nueva. Pénsaba en ello Luis Fernando. ¿Acaso el encuentro con Adelaida, aquella figura de marfil antiguo sobre el tapiz agreste de los pinares, la revelación de la madre en una

historia sencilla y sentimental, la Princesa convertida en hija de leñadores, como en los cuentos de hadas con estampas que leen los niños, no tenía todo el encanto bellísimo de una creación de poeta? Y ahondando más, se decía el soñador: Y esas maneras dulces de la niña, sus líneas de una delicadeza prerrafaelista, el trenzado de oro de la cabellera suave, ¡todo había tenido su germen en las entrañas de una mujer lugareña!... ¿Había, pues, que desechar en este caso las teorías de la herencia? ¿O creer, como los griegos con Platón, que hasta la armonía de líneas en la belleza física va formándose según la mayor o menor belleza de los objetos que nos rodean y mediante la impresión sensitiva que recogen el oído, el gusto, la vista, el olfato y hasta el tacto?... Entonces, Adelaida sería la obra del Palacio de Aguas-Claras. Y creando alrededor de ella, gozaba muy finamente el joven señor.

Se detuvo un momento en el descenso del pinar, que estaba ahora atravesado por un rayo de sol, lleno de una atmósfera de oro verde pulverizado. La nota umbrosa de "La

Cinta" se le ofrecía ya muy cercana, tendida en el valle. Tras un tapial de arboleda, la quietud de la tarde se extendía sobre la casona en donde la Baronesa de Aguas-Claras hallara tranquilo sosiego de espíritu luego de la muerte del esposo. Se orientó en su camino. Saltó sobre una acequia que dejaba un rumor infinito en los campos desiertos. Una senda con romeros verdecidos lo acogió, guiándole.

Era la finca del siglo XVII, grande y de una ligera coloración de oro o de rosa marchita. En los muros, unas rejas españolas y un largo balcón de encaje superviviente de los siglos. Altos tapiales de boj, un estanque de piedra florecido de musgo, una nueva vida brotando en las copas de los árboles centenarios. Tenía todo un reposo de tiempo dormido, encantado en aquella jaula de marfil. Caminando por una avenida de cipreses, llegábase a una rotonda abierta y risueña. El espíritu, conturbado y recogido, recibía entonces como un aleteo de bullicio. Era un jardín a la inglesa, de graciosos alfombrados con un largo paseo de lilas, una fontana

de mármol y una euritmia de jarrones y de estatuas volcando ahora la maravilla de sus rosales. Al fondo, la Baronesa de Aguas-Claras, allá en sus felices tiempos de recién casada, se hizo construir su hotelito moderno y lindo, donde el amor sintiérase más joven y más íntimo. Este retiro servíale a la dama para mejor deleite de su vida, que ella gozaba en tejer silenciosa y refinada, con sus solitarios conciertos, sus lecturas escogidas y sus tardes de labor en el balcón encristalado de la saleta. Cuando el marido, en desplazamiento de caza, traía a los amigos al viejo Palacio de "La Cinta", ella quedábase viviendo en el hotel, hasta donde llegábanse los huéspedes por la mañana a besarle la mano, y volvían al atardecer, mostrándole el fantástico botín, aun cálido de vida, como cortesanos que por halagar al señor rinden cortesía a su favorita...

Luis Fernando iba recibiendo estas distintas impresiones, cuando se le acercaba una sirvienta otoñal peinada a la antigua con mucho trenzado y horquillas.

—¿La Señora Baronesa de Aguas-Claras?

—¿El Señor es, sin duda, el caballero que conoció la niña Adelaida la otra mañana? Tenga la bondad de seguirme. En la galería la espera mi Señora la Baronesa.

Se acercaban a la casa. Bajo unas columnatas esbeltas de mármol Luis Fernando descubrió a la Baronesa María. A su lado descansaba Adelaida. Vestidas de negro, todo el cromatismo primaveral del jardín parecía hecho para que resaltaran, dolorosas y bellas, aquellas figuras. Luis Fernando se adelantó hasta el estrado de la Señora. Ella le tendía una mano enjoyada. Adelaida, dentro de un leve sonrojo, le siguió con su mirada mientras él se inclinaba ante la Baronesa. Del quicio de una puerta levantóse perezosamente un lebrel melado, y venía merodeando al desconocido, mirándole a distancia. Adelaida le atrajo acariciándole.

Acabadas las primeras frases, la Baronesa de Aguas-Claras alentó una conversación, con esa encantadora sencillez de las mujeres de mundo, que encuentran un arcano de temas y motivos en las fruslerías más vanas. Su voz se modulaba en un medio tono de ar-

monías, que el oído culto agradecía deliciosamente. Luis Fernando la observaba decir. Tenía los cabellos completamente blancos, como una coquetería a la manera de las Marquesas de Versalles. Sobre los ojos, rasgados y negros, se abatían las violetas de los párpados, que hablaban de pasados sufrimientos. Los crespones de enlutada la envolvían hasta la garganta, y tres hilos de perlas describían su curva de Oriente en el seno.

—Yo conocí a vuestra madre en el Colegio. Todas la envidiábamos sus cabellos. Era una masa desbordante y de oro. Recuerdo que en los asuetos del jardín le decíamos, acariciándole sus trenzas: Cuando te mueras han de cortártelas para tejer una cabellera de Virgen.

Luis Fernando, inconscientemente, miró las trenzas rubias de Adelaida. Recogían la luz de toda la tarde sobre el regazo suave de adolescente. La Baronesa sonrió:

—También mi nena puede vanagloriarse de ser proveedora celeste—dijo de una manera alegre—. Sus primeros bucles, que cortamos cuando sus calenturas, cuelgan ahora sobre el manto de la Santa Elena de nuestra

capilla. ¿Verdad, nena?... Me entristece el verte de negro... ¡Pobriña! ¡Tres años hizo en Marzo que murió Carlos, y he podido cada día vestirla ese luto! Tengo el remordimiento de haber abrumado esa juventud. Pero ya mañana envían de Madrid un vestido morado, y otro amatista, y una túnica blanca, suave como una gasa. ¿Verdad, nena?

Volvieron las cabezas ante un rumor de pasos. Venía un grupo juvenil y lozano. Eran los hermanos de Adelaida Dos muchachas y dos mancebos. Carmen y Rosa, ellas; los mozos, Evaristo y Manuel. Los cuatro de guapeza de campo y de sol. Traían el continente azaroso y asustadizo entre sus sayales y galas de fiesta. Adelaida se lanzó al cuello de las hermanas, besándolas en las mejillas sanas. Ellos, torpes y sencillos, saludaban a la Señora Baronesa. Dejaban en sus movimientos un olor de sembrados a través de su ropa dominguera y limpia.

Rosa, la más decidida, era siempre portadora del mensaje de la madre. Sin pestañear relataba la moza:

—Que, como vamos de baile, venimos antes

por ver a la niña. La madre quedó en la alquería, que mañana subirá unos cestos de fruta para la Señora Baronesa... Y un cabritillo muy tierno, y unas palomas...

La Señora descendía, con naturalidad cariñosa de gran dama.

—¿Estará allí tu novio, Rosa?

—Allí pienso verlo, si no duerme esta tarde de su trabajar. Muchas gracias a la Señora. Y se esponjaba bullanguera la moza.

—¿Y tú, Manuel? ¿Cuándo te casas?

El más joven de los hermanos respondía, entre las risas del grupo, con la frase ritual:

—¡No lo quieren a uno, Señora Baronesa!

La dama se levantó de su silión de mimbres, que comenzaba a dorarse de sol. Besó a Adelaida, enlazándola tibiamente, recostando su mejilla en la cabeza de ámbar.

—Anda, nena, quédate con tus hermanos. Que se sienten. Yo pasearé por el jardín. Me acompañará Luis Fernando.

Cuando bajaban la gradilla de mármol volvióse la Baronesa, diciendo:

—¡Adelaida! Mis tijeras para cortar rosas.

El joven señor se abstraía en el grupo de

la balconada... ¡Es extraño!, se decía. Algo así como un lirio crecido entre unos clavelones silvestres. La voz de la Baronesa María le apartó de allí con sus dulces acentos un poco cansinos.

—Yo os llamo Luis Fernando tuteándoos. ¡Sois tan niño, y yo tan vieja ya!

El tuvo una de esas frases rebuscadas que tanto halagan a la mujer en todas sus edades, cuando tienen el gusto cultivado.

—¡Oh! Entonces, Baronesa, ¿cómo los artistas y los poetas anduvieron tan equivocados por los caminos de los siglos buscando sin descanso la belleza?... A los estetas modernos lanzaré yo este grito innovador: La verdadera Belleza reside en la vejez.

—¡Pobre Historia del Arte!—comentaba la Señora con suave ironía—. En el primer capítulo, la cabeza de Sócrates bebiendo la cicuta, y en el postrero, los últimos gestos de Sarah Bernhardt... ¿No es verdad?

Rieron juntos. De la columnata llegábales el conversar de los jóvenes.

—Los pobres muchachos no ven en mi nena a la hermana. La idea de su cariño se ha for-

MANUEL REDONDO

mado en ellos como la de un culto o de una religión. La veneran, sí... ¡Pero la encuentran tan lejana! Al mismo padre le sucede lo mismo. ¡Qué distinto es el sentimiento materno! ¡Qué fuerte, qué magnífico! Esta criatura me parece toda mía, hasta el momento en que la besa la madre...

Suspiró la dama. Por su rostro pasaba siempre una sombra muy bella de melancolía.

De pronto una aroma de rosales les envolvió plenamente. Estaban en una rotonda ebria de luz y de color. Las rosas purpúreas, ambarinas, rosadas y blancas, se inclinaban sobre sus tallos, tejían una tapicería vibrante y olorosa, trepaban hasta las copas de los árboles, acariciando los troncos voluptuosamente, se vertían luego de lo alto con una gracia loca. El sonar de una palabra, el vuelo de un ruiseñor, parecía estremecer de gozo aquellos millones de seres efímeros y bellos como un sueño de amor. La Baronesa de Aguas-Claras, más pálida en medio a la floración magnífica, comenzó a rasgar aquellas vidas con un poco de emoción. Soy como un verdugo—se decía a sí misma, y procuraba aca-

llar su interior con sus bellas palabras.

—Ven, paliducha; eres como una porcelana fina y quebradiza. Mirad con qué énfasis se pavonea la gentil. Me recuerdas a abuela Margarita pintada por Madrazo... ¡Y esta otra! ¡Ayudadme, Luis Fernando a alcanzarla! La he visto algunas veces muy dibujada, emergiendo de un vaso en los lienzos de los primitivos...

Mujer muy recluída del mundo, fantaseaba fácilmente. Era uno de aquellos momentos en que su corazón, apasionado y juvenil, rompía el cilicio triste y melancólico de los recuerdos. El otoño dejaba caer sus primeras hojas en el jardín de su vida, mas su pobre corazón conservaba el apasionamiento y esa juventud eterna que se guarda siempre en lo más profundo de los corazones que sufrieron.

Luis Fernando, enfundados los guantes de campo, ayudábala, tronchando los tiernos tallos. El aroma, el marco, las intensas impresiones superpuestas, le conturbaban el ánimo. Muy extraña le sonó su voz, cuando decía a la dama:

—Elegís vuestras víctimas entre las más bellas. Como la Parca con nuestras vidas...

En aquel momento la Señora hacía suya una rosa amarilla, que se deshizo en su mano de delicada, volando los pétalos transparentes hasta los pies de la mujer. Tuvo un involuntario estremecimiento. Se le aparecía nena Adelaida a través de la hija muerta...

* * *

Cuando entraron en la saleta de la Baronesa María, la tarde, detenida, muy clara, se esparcía por los balcones abiertos. Sentada ante una mesita, Adelaida tomaba su merienda de leche, bocadillos y almíbares. Su madrina le volcó en el regazo todo el esplendor floreal, que se volatizaba en la estancia en oleadas olorosas. Adelaida, entre aquella gloria de corolas, les contaba, con un mohín de pesar:

—Quise ir a buscaros, y no me dejó Lorenza porque ya decaía el sol. Aquí me sirvió la merienda.

Entonces trajo la sirvienta con mucho

silencio, un servicio de té sobre una bandeja de porcelana japonesa. Estuvo murmurando a la Señora, en tono confidencial, las causas de su proceder. Y repetía como estribillo. Así lo dijo el Señor Doctor... ¿Lo recuerda, la Señora?

Luego reprendía con mimo a la niña porque dejara unas galletas y no probara siquiera aquellas guindas tan ricas. Como había llegado, silenciosamente desapareció en la puerta la sirvienta.

La Baronesa y Luis Fernando sorbían su té. En el jardín comenzaba una algazara de pájaros, de gorriones y pardillos. Una luz clara, de un violeta finísimo, resbalaba por la superficie de las cristalerías, limpiando la estancia de todas sus sombras. Luis Fernando la recorrió entonces con la mirada, que se quedó prendida en uno de los extremos. Allí, sobre un leve estrado, había colocada un arpa de marfiles y de oros. La inquietud de una dulce esperanza pasó sobre su espíritu. Preguntó con miedo. Esas arpas olvidadas en nuestros salones no son más que el gracioso recuerdo de una abuela con bucles.

Fué Adelaida la que se levantó palmoteando en un arrebato reidor, extraño en su eterno sonreir pausado.

—¡Yo soy quien hace música en ella! Vais a verlo. A madrina la distraigo muchos atardeceres.

Encendió las luces de una pequeña lámpara de vidrios venecianos, y subiendo sobre el estrado, se sentó en una sillita muy frágil y dorada, atrayendo a su regazo el instrumento curvo y sutil. La Baronesa María, reuniendo sobre una mesa los búcaros de la estancia, iba distribuyéndoles sus rosas. Luis Fernando se recostó en una butaca. El primer arpegio le produjo una sensación de dolor casi físico, con tan fuerza habían sido sacudidas las fibras de su sensibilidad. Cerró los ojos. Era como si la niña tañera aquella sonata antigua sobre las cuerdas de su alma.

Acabó de hablar la música, y Luis Fernando buscó las manos de Adelaida, agradeciéndole muy íntimamente aquel momento delicioso. Y le hirió de nuevo la misma respiración de fatiga. Entonces la Baronesa ocu-

pó su piano de cola, y juntas sonaron un Momento de Schubert. Adelaida erguía sobre el estrado leve la transparencia dorada de sus quince años quebradizos. La Señora, con su cabeza empolvada, parecía una Reina otoñal en el destierro. ¡Qué bellas las dos figuras, enlutadas y pálidas! Las notas graciosas y saltarinas parecían tomar forma de mujer, una mujer que recordara la juventud de la Hellade bailando sobre las flores desvaídas de las alfombras. Y la noche se entraba por los balcones de la saleta, toda penetrada de esencias campesinas. Adelaida saltó al cuello de la madrina, rogándola, melosa:

—Anda, canta, madrina que te oiga Luis Fernando.

La Baronesa María cantó una arieta italiana: L'Apprile.

La poesía de las palabras sonaba pastosa, dulce, en su hermosa voz de mezzo-soprano.

¡Oh beatitud del alma!

¡L'Apprile! L'Apprile...

Aquel canto a la Primavera en sus tré-

mulos comienzos, lo recogía en su fondo la serena noche de Mayo, llevándolo con gozo por todos los ámbitos.

Luis Fernando mismo parecía oirle cuando remontaba el pinar de vuelta de "La Cinta". Quiso la Señora que le acompañara el lacayo. El había aceptado a sus ruegos, pero le despidió a la salida del huerto, pues sus deseos de soledad sentían la molestia del extraño. A medida que adelantaba en su camino creía alejarse de un ensueño prodigioso.

¡Qué tarde, Dios mío! ¡Y la felicidad de nuestro siglo era algo distinto, hecho de negocios, de ajetreo, de bullicio! ¡Y él mismo había que luchar por ese ideal que no era el suyo, la triste ironía, en un constante ir y venir, de viajes, de carreras, de preocupaciones mercantiles, recogiendo como premio a sus impulsos un bienestar aburguesado, un automóvil con marca americana y una selección de amistades interesándose al "dancing" y al "boxeo"! Una tristeza del porvenir le invadia el alma. ¡Y esto había de acabarse! ¡Oh tarde tranquila y bella en "La Cinta"!

Subían de lo hondo un run-run monótono y triste de bandurrias, de guitarras y de laúdes. ¡Allí bailan los hermanos de Adelaida! ¡Qué extraño le parecía todo aquello! De las cumbres, en medio de una atmósfera de oro, comenzaba a elevarse el plenilunio.

Aquella noche, descansando ya la madre y las hermanas, como tres flores rubias del mismo árbol recogidas en distinta cosecha, Luis Fernando se asomo a la luna. Una nebulosa de plata caía muy blanda sobre los campos. Entonces, tomando su cuaderno, escribió:

Sublime Pálida.

IV

L deslumbrante mes de Junio pasó en una abundancia de cosechas primerizas. Un soplo de selección estuvo rondando el retiro umbrobroso de "La Cinta". En esa selección comulgaban tres almas Fueron días de un festejo íntimo, inacabado siempre, que sumieron al espíritu en un ávido deseo de vida.

¡Cuántos ambientes desfilaron sobre el viejo solar, desde aquel tan español siglo XVII de amplio sombrero y alba golilla! Eran los tiempos de Góngora y del Rey-Poeta. Cuando el Conde de Villamediana escribía sus versos a la Reina Isabel. Sobre las tierras del Señorío se alzó entonces el Palacio de "La Cinta", con sus rejas españolas y su balcón bordado. La severidad de los muebles con el cuero repujado de Córdoba, las desleídas tapicerías flamencas, los lampadarios de bronces, alguna mayólica sevillana y unos vargueños, pesados y tristes, hablaban aún de aquel día, ya tan lejano, en que la Majestad Católica de Felipe IV reposó una noche en la mansión de los Condes de Encinares, Barones de Aguas-Claras. Cerrada conservábase la estancia que ocupara el Monarca. Sobre las baldosas desgastadas, un lecho de terciopelos holandeses, con las armas de los Austria, el corderillo del Toisón mostrando ya sus entrañas deshilachadas; un reclinatorio, un servicio de tocador, de vidrio y plata. En un lienzo de pared, un santo monje de Zurbarán. El venta-

nal muy historiado de reja morisca, que tenía de locutorio y de harem, muy al gusto de Su Majestad Católica...

Del siglo escéptico y galante que acabara en un arrepentimiento de cortesana linda, escaseaban los recuerdos en el Palacio de "La Cinta". Un desnudo de mujer, en el jardín en cuyo pilar que comenzaba a rajarse crecían agrupadas las hierbas, una cajetilla de esmaltes para lunares postizos, y el saloncito de la Marquesa Adelaida, con un brillo ahora ya pálido de dorados sutiles y flores en guirnalda. Esta encantadora Marquesa Adelaida le fué importada de Francia al árbol heráldico. La encontró el heredero en uno de aquellos sus viajes diplomáticos a la Corte de Versalles. Trajo la francesa a "La Cinta" un eco afectado de conversaciones y saludos, y cuando hubo de morir abandonó todos sus aspavientos de filósofa para recibir el Señor en muy humilde cristiana. Su nombre, Adelaida, quedó vinculado a la familia.

El tiempo, desdeñoso, lo iba olvidando todo. Eran los días en que Goya retratara de maja a la Reina María Luisa. En un arcón de

la casona se guardaban las moñas y un corpiño con madroños y cintas de la bisabuela. Mirándose en aquel espejo estilo Imperio, con esfinges de bronce — Napoleón acababa de conquistar el Egipto—, debió acicalarse la Señora sus galas de dama manola para la fiesta. Se preparó un tendido en el jardín. Hubo picas y calesas, y hasta un cachorro valiente, que rompió las barreras de bermellón y produjo un barullo de gritos, blondas, desmayos y basquiños en las damas. Muerta joven la Baronesa chispera, el marido, achacoso y envejecido, refugióse en "La Cinta" con sus cinco niñas cuando España se llenaba de una gloriosa vibración de gritos de Independencia. Pasaron los años, lentos, y una hermana tan sólo, la más pequeña, pudo ver sentada en el trono a la Reina Isabel Segunda. Las estancias de Palacio guardaban bien el recuerdo de aquella época romántica y conspiradora. Consolas panzudas, fanales con flores de artificio, de paño descolorido y hojarasca de oro, primeras fotografías de tinte aceitoso, con un énfasis del caballero abrumado de barbas, y patillas, y corbatones, y levitas,

y sobre la mesa, emborronada, la chistera monstruosa. Muy dispuesto todo a los suspiros sentimentales y a la ampulosa crinolina.

Aquella Baronesa Margarita de Aguas-Claras que pintara Madrazo, leía a Bécquer y enamoróse, ya granada, de Próspero Merimée. La hija—siempre en el árbol centenario florecían las rosas y rara vez los arrayanes—ya hizo los honores de la casa cuando la Señora recibía en su Palacio de "La Cinta" a los aristócratas borbónicos descontentos del advenedizo Amadeo. Alguna noche bailóse un rigodón con esplendor de polisones.

Los campesinos de los alrededores transmitiéronse, de generación en generación, un respeto a la mansión patricia, sin asombro de aquel desfile de festejos y maneras. Su ligero contacto con la ilustre casa parecía elevarles sobre sus semejantes, que abrirían los ojos de pasmo ante el brillo señoril. Ellos también tuvieron que abrirlos desmesuradamente cuando en el viejo parque de "La Cinta" repercutió el estrépito del primer auto-

móvil, un inmenso aparato color de latón, que ahora ya era un capítulo aparte en la muy interesante historia del vehículo a través de los tiempos. Descendieron de él, entre una nube de gases y una palpitación muy honda, una especie de hombre-alimaña—así lo pensaron las pobres gentes—, enguantado, terrible de pieles y de fundas, y una dama jovencita, dorada, con un amplio sombrero de castor anudado por una gasa verde mar debajo de la barbilla: la Baronesa María...

¡Ahora!... Aquel brillante mes de Junio, con la vegetación ya toda abierta, dejando un olor en el aire de fruta madura, de higo dulce, de manzanas frescas, de perales y de cerezas, conoció de la exquisita vibración de tres almas, semejante al de esas copas de cristal sonoro cuando se las golpea cariñosamente. Encontráronse esas tres almas en el momento en que necesitaron encontrarse, y en el encuentro se atrajeron con tanta emoción y ansia, que se despertó de su choque ese sonido de copa preciosa, y que era en ellas un brotar de músicas, de imágenes, de ideales, en aquella súbita fecundación espiritual.

Luis Fernando fué, sin duda, el más ávido. Todo el corazón generoso sintió la caricia de aquel despertar sensible de la niña, y quedóse prendido en la tierna sensibilidad de la Señora como en un rosal melancólico. Del trato de las gentes, del cotidiano conversar con deudos y amigos, ese pobre corazón expansivo se resintió de dolor un poco en desconcierto. Desde pequeño, desde sus años de Colegio, Luis Fernando es siempre ese niño que sobresale en algo. En algo siempre inútil para los profanos. En algo siempre artístico. No es el más estudioso, ni el más inteligente, ni siquiera el más bueno. Sus estudios se arrastran desiguales y extraños, y a los profesores se les escurre en sus observaciones ese temperamento poético. Pero es el niño de cabellera ondulada, y una mirada cándida y despierta, que sirve para el canto, recita salutaciones y poemas ante los Prelados, y se oye decir de los compañeros—ya un poco extrañada su naciente visión de poeta—: ¡Eres demasiado guapo para hombre! Pero al lado de sus triunfos vanidosos, ¡cuántas desilusiones ya en ese abierto corazón del niño!

¡Qué prematuros abatimientos de ánimo ante ese bailable de envidias, de ataques y hasta de burlas! Creció. Y siempre quiso el Destino que, a su paso, encontrara las rutas tendidas de las pasiones más opuestas. Se le adoraba o se le odiaba—como dijérale un día un amigo: —Tú, Luis Fernando, no puedes despertar el sentimiento de la indiferencia.

Aquella Baronesa María de Aguas-Claras, se decía diariamente: ¡Cuánto desprendimiento, cuántos ideales! ¡Si es preciso quererlo, Dios mío! En el retiro de "La Cinta" pudo el muchacho ser "él mismo"; desenvolverse en todas sus facetas, mostrar sus opiniones sobre la vida, sobre el arte, sobre la moral, desnudar su alma, aspirar abiertamente la belleza de las cosas, recluirse en largos períodos de ensueño o gozar de una expansión de espíritu que va dando realidad a los conceptos y arrebatos interiores con la fuerza, la precisión o la musicalidad de las palabras. Dos almas de mujer estaban dispuestas siempre a comprenderle, concediendo. Adelaida, trayendo una herencia de sencillez campesi-

na, quedábase tarda de comprensión, o más bien, su potencia creadora estaba como dormida, falta de aquella agudeza y exuberancia, que hace de los hijos de generaciones cultas casi unos enfermos de ingenio o de estética. Separada de la juventud grotesca y vacía de su tiempo, viviendo siempre sola, aquella virginidad de las pasiones y el espíritu apeteció con dulcedumbre todo lo que viniera del amigo, en ondas sensibles de imaginación y de color. En aquel esplendoroso mes de Junio, de un cálido aliento, tan propicio para el glorioso parto de la Natura. Adelaida fué, como una fruta más, hinchándose de la savia nueva que iba penetrándola, endulzando su miocarpio. El caso era bien distinto en la Baronesa María. El río de su vida, aquel río de curso azaroso que no encontrara a su paso sino las pinchas de las malezas, la seca tristeza de las barrancas, el hondo vacío de los precipicios, se remansaba ahora, recibiendo con deleite la caricia del afluente Aquel riachuelo, que venía hasta ella en esa hora del ocaso en que todo paisaje nos parece bello, hablaba sólo de floraciones, de campos abier-

tos, de ciudades de ensueño caídas con gracia sobre un montículo ligero, y el río-madre temblaba en todas sus aguas, recordando a través de una bruma, de sus días jóvenes, en aquella espesa selva de las Esperanzas, en donde brotan todos los manantiales, de la que van alejándose, día, por día, todos los ríos de nuestras existencias.

Por las mañanas seguía bajando el joven señor artista de la cumbre al valle. Su caminar no era el mismo de antes, lento, desigual, indeciso, caminar del que anda por el placer del paisaje, por distraerse de la nostalgia de un ayer más venturoso, por respirar más anchamente, solo, entre los campos, el zumo sabroso de un amor o la tortura lancinante de una pena. Todo para él no era entonces sino un tránsito de bóvedas azules hasta "La Cinta". Le esperaba ya siempre Adelaida, en el peristilo de mármol, tomando su desayuno. Los rosales abrían su última floración, y el jardín comenzaba a llenarse de ese color estival de "escuela moderna" que va derramando en los lienzos corpúsculos de luz. Era el tiempo de las mar-

garitas con su botón de oro, de las celidonias azules y las prímulas doradas y de los amarantos morados y róseos. Flores sencillas de los huertos aldeanos. Aldeanas las rosas, como todo ese mes de Junio que lucía una corona de mieses y estaba ungido de cantos de trilla llegados muy calmosos desde las eras. Cuando Adelaida veíale aparecer entre el espeso mazo de unos clavelones purpúreos, le agitaba desde lejos su pequeña servilleta blanca. Luego iban juntos por las sendas, internándose en la mañana tan hermosa. Los primeros días les acompañaba el lacayo de la Señora Baronesa. Más tarde pudieron salir solos, mirados por todos los campos. Luis Fernando siempre le hablaba poéticamente. Un bancal con amapolas, una casucha humilde con la pared del mediodía rozagante de enredaderas y murcianas, el vuelo de unas palomas, el cascabeleo de una vieja diligencia levantando de los sembrados un asustadizo aleteo de pájaros, todo le sugería una bella imagen, una comparación brillante de poeta. Esta palabrería juvenil, fantástica y erudita, iba despertando en la adolescente la

visión colorista, sentimental o estética de las cosas que antes se le ocultaba por completo. Infinidad de veces, sentada en una ladera del camino con sombra tupida de higuera, dominando una hondonada de sendas luminosas, de olivares, de alquerías quietas, con una línea de cal a lo lejos, dibujada por los tapiales del cementerio, iba sintiendo ella como al encanto de aquella palabra que sonaba a su lado tan melodiosamente, la vida se entraba en el paisaje, atravesándolo con su hálito tibio, y se decía con extrañeza: ¡Yo lo he mirado muchas veces, y no lo he visto nunca!

Luis Fernando gustaba también de recordar, en aquel ambiente propicio, las leyendas doradas de los griegos o los mitos y costumbres de las remotas civilizaciones. Sombras impalpables brotaban de los corpúsculos de sol ante los sentidos de la adolescente, intensamente pulsados por la deliciosa charla. Se tejían guirnaldas de héroes y ninfas. En aquel campo virgen, mullido de hierbezuelas, creaba uno con facilidad a Perséfone, con sus ojos nemorosos y su túnica

flava, tronchando los narcisos que se asomaban a un riachuelo, un hilo muy limpio y transparente que buscaba la sombra de unos granados un poco temblones de sus frutos en agraz. Pero Adelaida prefería sentirse en Galilea. Era, sin duda, su formación cristiana la que influía en el gusto. Algunas veces, ante una casa menuda con emparrado, trémula del arrullarse de las palomas, enjabelgada como un copo de nieve derritiéndose al sol, Luis Fernando le había dicho: Aquí vive Mirián Cleofás. El le leía muy a menudo, para saciar sus arrebatos de gozosa imaginación contemplativa, ese libro tan bello de Gabriel Miró, fina ampolleta de vidrio fenicio en donde se han recogido todas las esencias de la Judea y las plácidas mansedumbres del mar de Tiberiades. Se sentaban para leerle en el montículo de la ermita, respirando en el olor infinito de los pinos una alegría de vida entrándose por los pulmones.

Adelaida deshacía las bridas de terciopelo de su amplia pamela con violetas, un tanto acalorada de la ascensión penosa. "Hermes", su galgo ambarino, se le juntaba, alargándo-

se sobre unos matorrales de espliegos. El lugar escogido entre todos tenía un encanto sencillo y triste de inmensa soledad, con la faz de la ermita rugosa y desmoronada como la de una anciana rezando entre su mantilla de cipreses.

Desde la colina, la campiña se dibujaba minuciosa y fresca de bancales de hierba, de lagos de trigo con oleaje de oro, de balsas paradas, de manzanos y cerezos ceñidos cariñosamente dentro de un cinturón de enjalbiego. De una senda entre sembrados, muy caliente de sol, como un caño de fuente de plaza pueblerina, iba brotando la cándida espuma de un rebaño de ovejas.

Mientras Luis Fernando leía con mucha cadencia las frases cinceladas, se les acercaba arrastrando los hinojos el viejo ermitaño cenceño. En silencio, se paralizaba atento y cabizbajo en un inútil esfuerzo de comprensión. Era como un lego de convento, simple, inocente y pueril. De la lectura sólo le llegaban, entre los preciosismos del estilo, los nombres tan sabidos de Rabbi Jesús. Pedro, Juan, Poncio Pilatos, la Madre de Dios,

y ya con ellos el buen ermitaño creía entender de aquellas lecturas del joven señor, preguntando al final de toda historia:

—¿Y cómo pudieron matarle? ¡Y de aquella manera bien dolorosa! ¡Todo lo sufrió por nosotros!

Estas palabras, su único comentario, las repetía siempre con el mismo fervoroso asombro, moviendo la cabeza de sedosas canas. Ellos le trataban con mucho cariño. Aquel desterrado del mundo, apacible y octogenario, se había ido quedando solo de la esposa y los hijos. ¡A todos los llamó el Señor para sentarlos en la Gloria! Era la idea que hacía de su vejez una balsa muy quieta.

Luis Fernando y Adelaida gustaban de orar unos instantes en la ermita desierta. Traía el anciano sus llaves de castillo feudal, despertaba la cerradura de sus herrumbres, entreabría la puerta de pino centenario, que se dejaba hacer sin quejido, y se sumían en la penumbra, una penumbra que olía a viejo. Dentro zumbaban las moscas en el único rayo de sol que caía del ajimez místico. Había unos sillones frailunos en el presbiterio,

con el cuero rajado Sobre el ara, con sencillez de catacumba, la hornacina de la Virgen, que era también tristona, de un color amarillo de enferma, dentro de su túnica azul con lentejuelas. La lamparilla de aceite le rendía, ella sola, los honores de la liturgia.

En la sacristía, Luis Fernando estudiaba detenidamente una figura de Patriarca. Era graciosa, con mucho movimiento en los paños cuidadosamente estofados.

—¡Cómo podrán llegar estas joyas de arte a un rincón tal de pobreza!—comentaba con Adelaida—. Cada día, la contemplación de esa figurilla abandonada me trae el convencimiento de una firma maestra. Es un Berruguete. La misma vida, el mismo barroquismo fino de toda la teoría de sus apóstoles que vi el año pasado en el Museo de Valladolid.

Adelaida, más conmovida por el abandono, demandaba pesarosa:

—¿Y nadie viene por aquí? ¿Nunca se celebra el santo sacrificio de la Misa?

El anciano, dando vuelta a sus cerrojos, se condolía de estos tiempos de poca fe con la ganga senil de su voz:

—¡Sólo un día, Señorita! Ese, sí. No lo olvidan. Es un domingo de Julio. El día de la fiesta de las Espigas. Vienen todos, los viejos, los jayanes y las mozas. Traen los haces de trigo y los ofrecen a la Madre del Señor. ¡Y la ponen más contenta! Esa noche no duermo yo. Allí me quedo con ella, mirándola su gozo. Y si me rindo sobre un banco, siempre sueño con mis hijos...

Luis Fernando, al despedirse le resbalaba una moneda en su mano de callo. El se complacía entonces en hacerles beber de la leche de su cabra. La ofrecía en un pichel, recién ordeñada, con espuma dulce. El balido de la res se desgranaba por el barranco, acompañándoles en el descenso a la hondonada...

...Entraban en "La Cinta" rientes y complacidos. "Hermes", ligero y sutil como aquel dios mitológico de quien llevaba el nombre, jadeaba de cansancio, abiertas las fauces de límpidos marfiles en donde llameaba infatigable la lengua. La Baronesa María les acogía con sonrisa cariñosa empapando en su pañuelo las sienes de Adelaida. La adoles-

cente, siempre encontraba para sus relatos graciosas palabras de halago para el poeta.

—Hoy nos llegamos hasta un manantial. Era una fuente que brotaba allí mismo, con una reidora algazara de notarse con vida. ¡Claro, madrina! De las obscuras entrañas del peñón se sentía bruscamente irisada de sol, hinchándose de aire y de luz. Y le saltaban de gozosa emoción las burbujas. Me lo decía Luis Fernando. ¡Pero no sabéis! La ha cegado su felicidad, se tornó insensible, frívola, cruel. Un sauce muy viejo le da con cariño una sombra plácida. Yo exclamé al verle: ¡Parece que está llorando! Y llorando está en verdad, madrina. Me lo contaba Luis Fernando. Aquel sauce crecía alimentándose del hondo frescor de la peña. Una mañana que se distraía con los tréboles y los juncos, oyeron todos como un brusco desgarrarse seco y doloroso y al mismo tiempo la palpitación de un cuerpo que acaba de nacer. Era el manantial. Estaba como loco, saltando sobre unos guijos, desenvolviéndose en una red muy sutil de ondas. El sauce recibió en sus ramas tiernas, transmitiéndolo sensiblemente a la

médula, el hálito de frescura de la evaporización. Se enamoró perdidamente de aquel manantial. Le instaba a quedarse con él, que le contaría historias alegres y tristes. Historias oídas a los que reposaban buscando el bienestar de su sombra, merodeadores, caminantes, mendigos y cabreros. El sabía del estrépito de las diligencias sonoras de relinchos, y de la quietud más honda de los campos. Un día llegóse hasta él un corro de pequeñuelos, tirándole de sus ramajes para coronarse de verde. Remansad, le pedía el enamorado. Remansad y convertiréis el paisaje rocoso en una abundancia de praderas. El manantial no le oía siquiera. Al empuje de su pulsación vital se iba abriendo un camino para sus ansias, resbalando por el estrecho cauce como un hilo azul. El pobre árbol le vió partir, con un rugido de dolor que le quebró algunas ramas. Sabía que ya todo estaba perdido, y desde entonces llora sobre su amor, que fluye siempre, día tras día, serpenteando en lontananza...

La Baronesa María escuchaba en su nena el eco imaginativo del romántico. El se pla-

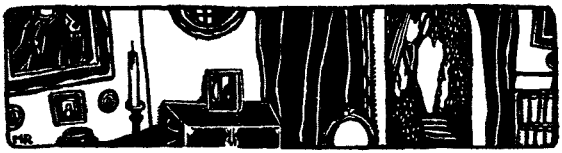
cía en espaciar el encanto, manteniendo en expectación de maravillas el espíritu de aquella criatura.

Has de saber el final de tan triste historia, Adelaida. Está por suceder, pero ha de venir con el tiempo, con ese poder de las cosas inexorables. De aquel manantial se ha ido formando un río. Pues bien; ese río no es feliz. Pasado el primer momento de ancha libertad, de recorrer los campos, de internarse en las ciudades, se va formando en el la idea de que es bien poca y bien mezquina toda esa grandeza del Universo. A su paso se riegan las huertas, se tienden los puentes, viven los molinos, se instalan los pequeños embarcaderos, vienen las mujeres lugareñas con sus canastas de ropa y se bañan los mozos en un júbilo de apuestas. El río recuerda, en su deslizarse cotidiano, aquella súplica del sauce: Remansarse para que el paisaje rocoso se cambiara en una abundancia de praderas. Y un día el sauce, ya tan viejecito, se quedará escuchando un sonido lamentoso. Mi buen amigo. Atiendo tu ruego. Me remansaré como me pediste, y

nuestro dulce amor lo han de ver todas las flores que crecerán al borde de mi remanso. Aquí he de estar a tu lado, para siempre. ¡Qué importan nuestros años! ¿Verdad? Tendremos una felicidad más tranquila y mansa, y aun puede que de la buena frescura de mi balsa nos broten los hijos, verdecitos y lánguidos como tú. Pero la voz será arrastrada con ímpetu, insensible la pendiente del cauce a la declaración de amor. ¡Ayúdame!, le gritará de lejos, ¡Ayúdame a remansar! Y el anciano sauce llorará, desfallecido, ante el pavoroso convencimiento de lo irremediable...

De este modo el joven señor hacía llegar hasta las almas, como en el relato de una conseja oriental, la poderosa fuerza moral y artística del símbolo.

V



N las estaciones pueblerinas se detenía el tren, sudando de la fatiga de las cuestas, de la tosquedad caliente de los pedregales. Casi nunca había nadie bajo las acacias.—El reloj salido y redondo, una campanita sin temple de liturgia, la pizarra. Las tres cosas siempre muy uniditas.—En alguna, se despedían unas señoras de pueblo, de

sombrilla parda y clerical, de otra más joven, que lloraba y que empalidecía más todavía al recluirse en ese medio tono tristón y humilde de los vagones de segunda. La tartana recién pintada, regordeta y de ámbar, esperaba a las señoras. Las llevaría por aquel camino blando y polvoriento hasta el villorrio cercano. Sólo el campanario prorrumpía del hoyo en el declive de una sierra. Una calma densa y de oro se iba entrando por las ventanillas. Luis Fernando volvía a "La Cinta" en un día de Agosto seco y cálido. ¡Casi un mes durara su ausencia!

Comenzaba Julio con los primeros calores, cuando hubo de reunirse con sus padres. Adelaida y la Baronesa María acogieron con desoladora extrañeza la separación. ¿En verdad se les apartaba Luis Fernando? ¡Pero si lo creían ya de ellas! ¡Unido para siempre a sus vidas! El sorbía el deleite como un niño mimoso en esa caricia tan suave de sentirse querido. Les dijo el adiós con emoción. Cuando besaba la mano de la Baronesa María, ella le advertía dulcemente:

—Cuando volváis seréis nuestro huésped. También estará con nosotros mi prima Eugenia.

Luis Fernando lo iba recordando todo, levantando de su memoria lo que ya sin duda comenzaba a desvanecerse tras el cendal del tiempo; dando a los hechos que fueron esa segunda vida tan bella en que todo se mece en una suave nebulosa de armonías. Reproducía aquellas tardes largas y calmosas cuando al noble trote de los caballos isabelinos recibía todo el jugoso oreo de los campos desde la carretela de la Baronesa. La Baronesa María estaba muy bella entonces, con sus cabellos empolvados dentro de sus gasas negras. Hablaban todo el camino. Adelaida, saturada de oxígeno y de felicidad, parecía colorearse como una rosa tardía. La Baronesa de Aguas-Claras hacía sus limosnas. Entrábase en las casuchas míseras que alardeaban de blancura al sol. Y al reunirse de nuevo con ellos les repetía, con una voz velada de tristezas: ¡Sepulcros blanqueados por fuera! De la obscuridad, casi siempre brotaba un rapazuelo, vergonzoso y

sucio, y se quedaba pasmándose el pobre crío de los arreos patricios. Cuando tramontaba el sol, recostándose en las cimas, la Baronesa María daba al lacayo la orden de regreso. Adelaida se recubría con su ligero abrigo estival, de un color mustio de hortensia. Al entrar por la avenida de los tilos, ya el cielo tenía un azul languidescente, diluído en la última luz de la tarde. Como callaban los tres, el trote magnífico de los brutos resonaba solo, acompasado y señoril. Entonces comenzaba a subir la lágrima preciosa del lucero vespertino. ¡Ya encienden las luces allá arriba!, les decía Adelaida señalando al infinito... La Baronesa María, como dama muy cristiana, rezaba todas las noches el Santo Rosario. Llegados del paseo, los labriegos y sirvientes formaban la comitiva de la Señora. El labrador mayor encendía su linterna ahumada y aceitosa. Daba una luz modesta y vieja. Las sendas del jardín tenían, a su torva claridad, un colorido muy triste de iglesia pobre en Viernes Santo. Sobre un grande cojín de damascos rezaba genuflexa la Señora. Rezaba en voz alta, se-

guida de un murmullo sombrío. Un Cristo agonizando, de una humana agonía, se iluminaba en su estertor, sanguinolento y terrible. de la velada llama de los lampadarios. ¡El Cristo de familia, a cuyos pies rezaran llorosas o esperanzadas tantas Baronesas de Aguas-Claras! El resto no era más que sombras sobre los muros.

Terminado que era el santo rezo, salían en silencio los colonos, los pastores, los lacayos, las doncellas..., y con mucho respeto daban las buenas noches a la Señora Baronesa.

Aquí llegaba de sus reconstrucciones ideales, cuando se oyó llamar por la ventanilla.

—¡Parece que se ha dormido el Señorito!

Luis Fernando recibió con deleitosa extrañeza la visión del paisaje, tan conocido. Saltó del vagón, con el ánimo contento, y confundido en el grupo de viajeros entró en la plazoleta de la estación. Una luminosidad agosteña caía del azul como una nebulosa de oro. Pasaban cantando con sorna, desde lo alto de sus mercancías, los carreteros, arrastrados por una recua de mulos y borricos. De una acacia salía, como un zumbido, el

roce de hélitros de una cigarra. A su sombra descansaba un tilburí muy grácil y menudo. Francisco, el hijo mayor del labriego, ya de regreso de sus "quintas", repletas aún las pupilas de sensaciones voluptuosas de ciudad, llenaba con mucho brío su cargo de auriga subalterno; el cochero madrileño, pomposo y cuarentón, que desde sus quince años servía a los Señores de Aguas-Claras, sólo dignábase sentarse en su alto trono del landeau o la carretela, abdicando en el mozo el gobierno de la jardinera, la tartana o el tilburí.

Camino de "La Cinta" se desbordaba la palabrería levantina del zagal. Hablaba, con incoherencia, de naranjos y de cuarteles, de las malas cosechas y de los buenos cines, y se atropellaba á veces avergonzándose ante el joven señor tan fino, tan fino, que casi semejaba de carne de mujer. Ahora, que, la carne solamente, es decir, la piel. A Francisco se le escapaba su feminidad ante la aridez de exuberancias, que eran como una gloria en el sexo querido. ¡Aquellas muchachas valencianas! Y azuzaba a la jaca con sus di-

chos, enardeciéndola del rozamiento sutil del látigo.

Adelaida, desde el mirador de la saleta le daba la bienvenida, agitando su mano como una flor blanca. Iba vestida de un color muy pálido de malva. Parecía. entre las cristalerías, una violeta temblando en el fondo de un estanque. Lorenza le acompañó hasta el piso, sonriéndole con gracia bonachona. Mientras subía la escalera se llenaron las estancias de una música ligeramente sentimental. Era una frase de Schumans que él amaba: el *¿Pour quoi...?* Lo recibió, como un líquido generoso, en lo más recóndito de su ser. La sensación resbaladiza de la felicidad habíala sentido físicamente, sacudiéndole los pulmones, derramándose de lleno hacia el corazón.

—¿Recordáis el recibimiento de Cleopatra al triunviro Antonio sobre el mar de Alejandría?

Y la Baronesa María dejó de sonar, riendo, con aquella su elegante ironía, desde su piano de cola.

—¡Mirad como no olvidamos vuestros gus-

tos, Luis Fernando?—le decía la niña, y señalábale las flores, un libro grande con bellas tricromías del Renacimiento abierto por "La Primavera", del Boticelli, y sobre una mesa, en lindas encuadernaciones, el "Huerto de Granadas", de Osca Wilde· "La Sonata de Otoño", de Don Ramón María del Valle-Inclán; "La Princesa Malena", de Mauricio Maeterlink, y "Las Pastorales", de Teócrito...

Adelaida le pareció más esfumada, exquisitamente pálida, como envuelta en un vaho de gasa de oro.

De pronto, Luis Fernando se extrañó, preguntando:

—¿Y "Hermes"? ¿No viene a besarle los pies a su amo?

—¡Mi pobre "Hermes"!—casi gimió la adolescente—. ¡Se me muere, Luis Fernando, se me muere! Nos llegó una mañana muy abatido de los campos. Estuvo a mi lado todo el día, sin probar su comida. Desde entonces decae de una incurable postración. Le llevaron al pueblo para que le viera el profesor de veterinaria. Ni empastes, ni vendas, ni esa sangre de buey que le dieran a beber...,

nada le mejora de su abatimiento... ¡Y el pobre "Hermes" se me muere!

Luis Fernando mostró su deseo de verle. Y bajaron juntos al jardín del lado de las caballerizas. Las cigarras entonaban un monótono chirrido, que aumentaba la sensación calurosa. Pasó una libélula azul. Las plantas tenían ansiedad de sed. Se paraba bajo la calina el olor de los corrales y los pesebres. Entraron en un establo vacío y limpio.

—¿Estabas tú ahí, Manuel?

El hermano más chico de Adelaida, de hinojos, en la pajiza aventaba el mosquero al can enfermo. El pobre bicho, flaco y triste, les miró desde el fondo de su cubil con una mirada muy humana. Se esforzó en incorporarse. Pudo llegar hasta ellos débilmente. Cuando Luis Fernando le acariciaba con ternura, se desplomó, crujiéndole los huesos. No podía tenerse el animal. Tuvieron que salir, porque Adelaida lloraba como una niña ante su muñeca rota. Fuera les acogió una algarabía blanda y luminosa de palomas desprendiéndose de los aleros. Las llamaba con un silbido de ave la mujer labradora...

Aquella noche se leía en la saleta de la Baronesa María. Las ventanas de cristales estaban abiertas dejando entrar a la noche tibia, toda blanca de velos de luna. Luis Fernando les recitara, como ya otras tantas veces, su "Sublime Pálida". Mientras fantaseaba su voz en las entonaciones pausadas y suntuosas de su lectura, la Baronesa María prendía su mirada desde el canapé en la luz lechosa del astro. Le llegaba como una sonatina la voz, como una sonatina que se oyera un poco lejana... ¡Qué distintas cosas le contaba la luna a su espíritu! Adelaida se perdía en las descripciones poéticas, porque anhelaba recoger todos los gestos del artista: La boca curvándose sutilmente, la inclinación de la cabeza, el leve ademán de la mano bellísima...

Luis Fernando, recluyéndose luego detrás de una gran mesa de libros, estudiaba y tomaba anotaciones para uno de sus poemas de historia. Adelaida trajo, como siempre, descansando entre los apuntes y folios, un búcaro oloroso de lirios. Recibía su sonrisa y buscaba también su dorado rincón del arpa.

Entonces la Baronesa, que releía "Il Piacere", de Gabriel D'Anunzio, preguntó entornando su libro, prendiendo como señal entre sus páginas el hilo de marfil de su dedo pálido.

—¿Creéis que el poeta de Fiumme eligió sus nombres intencionadamente? Les llama a sus mujeres Helena y María. Esas dos mujeres de temperamento ¡tan distinto! Los dos nombres simbólicos me trajeron la idea de Grecia y el Cristianismo.

—No sé qué deciros. Es una sutilidad acertada, aunque en ese caso el amor de María por el Marqués Andrea D'Ugenta no debió nunca pasar las lindes del platonismo... ¿Os gusta, Baronesa, leer al Príncipe-Poeta?

—Me disgusta su morbosidad. Es algo que va enviscando hasta las más bellas de sus páginas.

El arte sin duda ha puesto enfermo al Príncipe de Monte-Nevoso artista y guerrero. En él se cierra el cielo de los poetas ceñidos de laurel por los pueblos...

Adelaida apagó las luces, y la estancia se llenó de aljófares. Salieron al mirador, apo-

yándose en el barandal. La luna necesitaba de toda la noche tan ancha para volcar su alma en pena. La miraban los tres, inconscientemente, y dentro del globo de hielo comulgaban sus ideas desdoblándose de los ensueños en que se adormecían.

—Todo paisaje nos es dado el contemplarlo en sus propiedades y accidentes—se decía Luis Fernando—, tanto en la visión total de su conjunto, como en la minuciosidad de los detalles. Menos el paisaje de luna. Cuando hay luna no miramos más que la luna misma. Y si nos distraemos no es sino para seguir mirando su reflejo a lo largo de un camino, sobre la cúpula de una iglesia, en la faz de una alberca o aljibe. Es el misterio de la fascinación lunar...

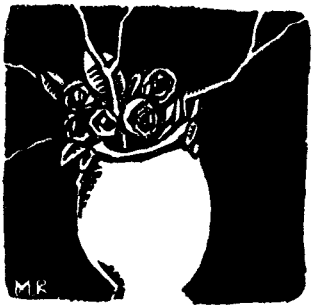
En aquella elevación de las almas cabía también un sentimiento terrenal.

Y, acongojada, les hizo notar Adelaida...

—¿No oís? ¡Mi pobre "Hermes" se está quejando!

Era un lamento lejano de dolor y de miedo. La Baronesa María se abrazaba a su nena acariciándole las largas trenzas. Las

sombras iban a dormirse en las finas líneas que el tiempo comenzaba a dibujar sobre su edad.



VI

ISTIENDOSE, recordaba Luis Fernando las últimas frases de la Baronesa. Estaban de pie, en el vano de la puerta.

—Decidme la verdad. ¿Os molesta la llegada de mis parientes?... No mintáis; me lo confesó Adelaida...

Luego, cambiando de tono:

—Mi prima Eugenia es una mujer encantadora. Su debilidad es la política, lo fué toda su vida. ¡Pero pensad en vuestra Marquesa de Pompadour! A Ernestina, la hija, la conozco menos, se ha formado ya muy lejos de mí. Me da un poquitillo de miedo por vuestros nervios... ¡Habrá que transigir con ella!...

Lo decía todo con su fina sonrisa.

Y en verdad que la llegada de las extrañas la recibía el sentimental con un temor casi de niño. ¡No serían ya los mismos días de "La Cinta"! Se irían suprimiendo esos momentos suaves de abandono, la hora del café en la penumbra de la saleta, llegándoles, a través de los balcones entornados, el pesante zumbido estival, la lectura de un libro de acción novelesca y bella, mientras ellas bordaban palmas y racimos sobre un paño de altar, y esos otros momentos más sabrosos de íntimo encanto, porque nadie los premeditó, que llegan con las horas, nos sumergen en un baño plácido, y cuando ya pasaron no acertamos a reconstruirlos, porque están hechos de nada..., y ¡de tantas cosas!

Desde su ventana abierta a una selva de pinares se recibía el bienestar de los campos, sano, fuerte, de una quietud muy ancha de agro.

Por allí se entró la vocecita de Adelaida, como un susurro de jardín en la brisa.

—¿Baja ya el señor perezoso? ¡Luis Fernando! Asómate y verás cómo trabajo mientras tú duermes...

Inclinó sobre el alféizar el busto, medio desnudo, por el desaliño de la camisa de seda.

Adelaida, vestida de un indefinido color de heliotropo, se abrumaba de flores sencillas y tiernas.

—Ya coloqué unos clavelones rojos a los pies del Cristo, y flores silvestres para la Virgen y Santa Elena. Con éstas adornaré el refectorio, como tú le llamas... ¡Anda, ven! ¿Por qué no vienes? ¿Escribes?... Déjalo, que ya pronto no estaremos solos.

—No me entretuve en nada, Adelaida, me levanté ahora mismo. Estuve anoche hasta muy tarde leyendo. Ya no había luna...

—¡Tú, en vela! ¡Tú, solo! Hasta la luna se

rindió de cansancio y de belleza, como tú dirías...

—No, Adelaida. Cuando, gozoso de un capítulo, o una frase, me asomaba a la noche, esperábanme aún, para dormirse conmigo, todas las estrellas... Me visto al momento. Antes llego que tú al refectorio.

La voz de Adelaida se reía alejándose.

—No me engañas. Conozco al vanidoso.

Cercana ya la hora del mediodía, la Baronesa de Aguas-Claras se adelantó por la escalinata para recibir a los que llegaban. Abría una sombrilla de encajes antiguos protegiéndose del sol. La finca, el jardín, la avenida, se llenaron de una pulsación de coloso. Los mastines ladradon. Toda la gloria de la mañana pareció rasgarse en el avanzar del vehículo. Y se detuvo en un brillo rápido de cristales y carrocerías desiucidas de polvo de camino. Crujió una portezuela blasonada. Una curva oscilante de perlas, unas sonrisas de "Dorin", manos enfundadas de ámbar, calzado de viscosidad de ofidio, oro rojo de cabelleras químicas, oro cálido de las martas

zibelinas... Todo fué volcándose de lo hondo, dejando en la atmósfera quieta de Agosto un reclamo de Londres-Viena-París. Las doncellas recogieron maletines y cabases, iguales de lucientes y finos a los que anuncia "La Vogue", y se les apareció en su asiento Miss Catherine, la señora de compañía, inglesa, abstraída y enjuta, en espera de que se derritieran las vivas efusiones de familia.

La Marquesa Eugenia besó en la mejilla a la Baronesa María. Siempre se veían con emoción. El recuerdo de su adolescencia les traía un humo de nostalgias.

—¡Medio muerta de los caminos, querida! ¿Pero en qué piensa el Municipio? Acabarán aislándote o habrá que hacerse alpinista para gozar de ese carísimo encanto de verte... Deja que te mire. Aun no acabaste de ponerte guapa. Pero si eres como una chiquilla de quince años, cuya belleza nos va prometiendo siempre...

—¡Por Dios, Eugenia! ¡Y qué de cosas agradables aprendéis a decir los que vivís en el mundo!

Entraron en el vestíbulo. La Baronesa

María hizo las presentaciones. Ernestina se destocó, riendo de su pequeño casquete. Luego agitaba su melena como un paje revoltoso.

—¡Pero, Adelaida! ¡Aun con tus trenzas!

—¡Oh, no sabes, María! Ni una sola cabeza con moño se ve por esas playas. Y, sin embargo, te encuentro a ti, con tu peinado antiguo, muy distinguida... ¿Recogió usted mi portamonedas, Mis Catherine? ¡La pobre viene fastidiada de jaqueca!

—Habéis tenido una mañana abrumadora de calor.

Aquellos días vivirían en el viejo Palacio de "La Cinta". El hotel de la Baronesa resultaba incapaz para el albergue. Lo hablaba la dama con su prima la Marquesa Eugenia, apoyándose en su brazo para descender al jardín.

—He de recibir también a su Excelencia Reverendísima. Viene al pueblo, invitado por los Padres Agustinos, que inauguran su Capilla, y le escribí pidiéndole el honor de tenerle por huésped. ¿Le recuerdas? Dió la co-

munión a mi pobre hija cuando era el Obispo de Madrid-Alcalá...

Iban delante, cuajadas de sol, y se internaron por el tránsito de los olmos, que daba una sombra de paz y silencio. Detrás, Ernestina, hablaba entre Luis Fernando y Adelaida. Miss Catherine les seguía desde muy lejos. Se paraba en los recodos y ante las fuentes, gozando ya en el sitio donde había de colocar su trípode fotográfico y su caballete de pintura.

Cuando terminó el almuerzo la Baronesa de Aguas-Claras fué mostrándoles las viejas estancias, como relicarios de familia; las abría despacio, entornando las puertas con su mano blanca, y los muebles, los arcones, los candelabros, las cornucopias, quedábanse mirándoles desde su reposo descolorido y rancio. Luis Fernando respiraba con deleite la antigüedad, envolviéndose de peregrina nostalgia. Habían llegado al salón isabelino, amplio, cómodo, pomposo de cortinones adamascados, de la irisada escarcha de las arañas de cristal, de los retratos iluminados como grandes esmaltes, en donde unas Se-

ñoras, dulces y enguantadas, dejaron prendida su sonrisa. Era el salón de la abuela, en donde pasara sus veladas la madre. Ernestina, que oía de la Baronesa María los desvanecidos hechos familiares, dijo con una entonación pueril:

—¡Qué bonito es tener antepasados!

Y buscó el viejecito piano de cola. Viejo, a pesar del énfasis de sus líneas, curvas y arrogantes como las de una dama con polisón. Y sobre aquel teclado de marfil, en donde se habían dormido las notas de un vals, o quizás el "Pas des Amphores", de Chaminade, prorrumpieron ahora unas manos ágiles entonando la chusca algarabía de un bailable moderno. Todo el solar de los Aguas-Claras se quedó escuchándolo. El lecho centenario de su Majestad Católica, las guirnaldas y amorcillos de la Marquesa Adelaida, el corpiño de madroños de la bisabuela, las consolas panzudas, los barbudos Señores de chistera, todos fueron aguzando sus oídos exhaustos sacudiendo el polvo de los tiempos... Durante la noche durábales aún el susto y la congoja.

Las Señoras murmuraban, recostadas en el sofá de damasco. La Marquesa Eugenia tenía un empaque de matrona rubia y retocada. Siempre por su faz corría una sonrisa estereotipada de mundo.

—Hablé con él en Ostende, María. Los años no consiguen disiparle ese gran amor por ti. Me lo confesaba con la misma pasión de un muchachuelo. Una tarde, que paseábamos juntos bordeando el mar, me pareció sorprenderle una lágrima mientras me decía: Siempre que la fortuna llamaba a mi puerta, en los honores y brillos de mi carrera, me he preguntado con la misma angustia: ¿Y a quién ofrezco yo esto, Señor? ¡Si ella hubiera sido mi mujer! Y créete, María, ya bien tú sabes que nada tengo de sentimental. ¡Pero había un acento tal de tristeza en aquellas palabras!, y, además, ¡una lagrima en un hombre, y en un hombre como él! ¡Claudio llorando! ¡El! El diplomático frío, fino, con aquel su gesto de tranquila serenidad... Y te digo yo, María: ¿Por qué te obsesionas en desoir los ruegos de tu corazón? Eres joven aun, y tengo la certeza de que

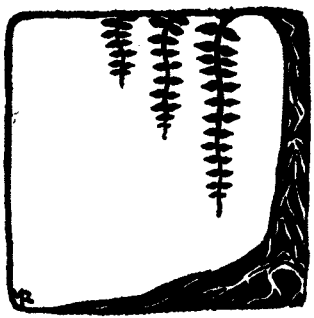
labrabas el bienestar de ese hombre y el tuyo.

La Baronesa la interrumpía con un ademán de delicioso aspaviento.

—¿Pero me concibes a mí de Embajadora? No, Eugenia. Déjame en mi retiro, envejeciendo y olvidada. Mis sufrimientos son la única poesía de mi existencia... ¿Voy a emborronarlos ahora de un solo plumazo para dar a las gentes el espectáculo, siempre un poco triste, de la mujer desamparada y vieja asiéndose con desespero a la felicidad dentro del naufragio de toda su vida?... ¡Sepamos morir, al menos!, nos van repitiendo los filósofos. ¡Yo, para vosotros, siempre seré aquella pobre María de Aguas-Claras, tan bonita y tan desgraciada...Y le florecía una sonrisa triste—. ¿Y qué fué de ella? Ocultaba en su retiro de "La Cinta" su desgracia; y allí mismo le llegó la muerte, muy cristianamente... ¿Pero casarme yo, Eugenia? ¿Me imaginas arrastrando por los salones mis ideas y mis galas igualmente anticuadas?

Y se esforzaba por reir de una manera franca. Pero en su fondo se habían removi-

do las pasiones, con la vaguedad de una herida que se queja, y la creíamos ya cicatrizada. Entonces llamó a Adelaida y la besó en las mejillas con mucha ansia.



VII

DELAIDA no se levantó aquel día. A la hora de la comida, Lorenza la ayudó un tocado ligero, acomodándola entre una pompa inmaculada de almohadones de pluma. Entreabrió una doncella la ventana. El sol entraba en el lecho de la enferma. La sirvieron entonces un caldo que dejaba una estela de

humillo de oro. Estaba la niña muy pálida. Se le transparentaban las sienes. La línea de la nariz era de sutil como la fina vertedera de un ánfora.

Ella sola vivía en el hotel. No quiso la Baronesa privarla de su cuarto menudo, de su salita soleada. Adelaida comía siempre en la intimidad de su estancia. Le aconsejaban los médicos la comida muy en reposo y calma. Luego había de adormecerse en una siesta de placidez; le traían los alimentos, los comía la niña ¡tan callada! La sirvienta caduca se llegaba hasta ella con la fresca fragancia de las frutas y un oreo tibio de las confituras, y ya muchas veces se adormilaba Adelaida, languideciendo la cabeza sobre el respaldo de la butaca...

Cuando llegó la Baronesa en gracioso desaliño mañanero, Lorenza le cuchicheó en voz muy baja. Las adivinó entre un sueño fatigoso Adelaida, y ya se coloreaba toda con un rubor inconsciente que le llegaba de las entrañas.

Vinieron para verla en las primeras horas de la tarde. Luis Fernando le rendía su vi-

sita oficial. Toda la mañana anduvo de escapatorias, y se reían los dos de aquel misterio, como niños traviesos.

Ahora la estancia se fué llenando de "Air Embeaumè", de chez Rigaud y Gardenia d'Isabey. Ernestina traía su vestido estival estampado en flores exóticas. Lo revolvía todo preguntando, descorrió el misterio del ropero de Adelaida y comentaba sus túnicas, que recorrían todo el arpegio de los malvas.

—En el Lido se usaba por la mañana el color blanco. ¡Qué bien se vestía Lady Abdy! Y las perlas están en completa decadencia. Vuelven las piedras de color. La Baronesa Rothschild tiene una colección soberbia de agrafs, de un gusto muy moderno. Yo recuerdo aquel rubí monumental del Rajha de Kapurtala. ¡Todo un *gentlemen!* Completamente como un hombre de Occidente, de pulido y correcto... Conocimos en París al Gran Duque Boris; lo de Anastasia, una sustitución vulgarísima; se le olvidaba casi siempre el tender la mano para recibir el beso de etiqueta... ¿Quién te envía esta Gioconda, Adelaida?... Yo siempre me canso recorrien-

do el Louvre. ¡Es inmenso! Mucho mayor que nuestro Museo. Y como hay que recorrerlo todo, y siempre la esperan a una en el parque o en una casa de té. Conocí una mañana en las Galerías a un muchacho inglés... ¡Muy gracioso! Llegaba de Roma convertido al Catolicismo; le bautizaron allí. Muy emocionante. ¿Verdad? Me gustan los ingleses; hacen muy bien *sport*. Nuestras Infantas son unas formidables jugadoras de tennis. Las saludé en el campo de la Magdalena. ¿A cuál preferís, Luis Fernando, a Doña Cristina o a Doña Beatriz? ¡Esa pobre Isadora Duncan!... ¡Ya estaba tan gruesa!

La Marquesa Eugenia opinaba sobre la situación tan interesante de Rumania. Entonces llegó el correo. Se abalanzó Ernestina sobre la bandeja de plata.

—Carta de Piedita, mamá.—Era Piedita la Princesa de Hohenloe. Luego, leyendo una firma:

—¡Pero hasta aquí ha de seguirme el latoso!

Y salieron las damas con sus revistas y periódicos, rasgando los sobres que traían

una insinuación de filatelia. La Baronesa María hubo de atender al Procurador, que venía a la finca con el traje negro de todas sus visitas, de todo el año. Se quedaron solos. Luis Fernando acercó su butaca al lecho de la niña. Un lecho amplio y blando de molicie. Sintiéronse súbitamente gozosos de su soledad. Palabras, risas, movimientos y gestos habían dejado una sensación más intensa de calma. Adelaida reposaba la mirada en las cimas de los árboles. ¡El sol que estaba penetrándolas se derramaba también por todo el valle!

Luis Fernando tuvo que desplegar el gracioso volante de una cortinilla para tamizar un rayo de oro que había subido despacito a la cabecera de la enferma.

—¡Qué tarde, Luis Fernando! Me asomaría por verla. Ven. Cuéntame de ella. ¡O háblame de tus cosas!... ¡Me siento una opresión aquí, tan honda!...

El le acarició las manos tibias; le descansaba la frente del oro fino de los bucles, retorciéndoles hacia las sienes. Se lo agradecía Adelaida, mirándole como hasta ahora no

había mirado más que a la madrina. Le miraba, queriéndole. Luis Fernando le iba pasando las páginas de un libro, lleno de tranquilos y poeticos paisajes de los Castillos de la Loire.

—¿Los vistes tú, Luis Fernando?

El sentimental vibraba profundamente de sus recuerdos. ¡El había comido melocotones en los jardines del Rey Francisco! Fué un estío muy bello. El río, muy verde, arrastraba por la pradera el suntuoso espejo donde bajaban a mirarse las bordadas construcciones de Renacimiento. Arboleda umbrosa, riberas de anémonas y narcisos, campos de musgo. Dejaba todo una impresión melancólica de otros tiempos. Luis Fernando asimilaba el paisaje, la personalidad, el gesto; reconstruía, imaginaba, se detenía en una sensación de embriaguez, le flotaba un velo apagando la realidad tan lejana.

—Yo, Adelaida, quisiera tener un Castillo allí; sus pies de verdura lamidos por la placidez de aquellas aguas. Sería un Castillo pequeño, el torreón feudal escondido bajo unas sendas de encaje a la italiana. Tendría en mi

cámara unas paredes de damasco púrpura, una gran chimenea esculpida de salamandras; haría mis lecturas en raras encuadernaciones, acariciadas largamente por un monje esmaltador de Abadía, y el rojo vino de Borgoña lo bebería en una copa de jacinto escarlata, como una granada entreabierta. Mi servicio de jubón y golilla, y una litera florecida de versos con el monograma de la mujer amada... ¡Sabían vivir aquellas gentes!... ¿Vendríais a verme, Adelaida? Yo tendría para vuestro gusto unos galgos mansos, muchachos tañadores de viola y laúd, y cuando yo escribiera bellas páginas de erudito, en las noches de invierno, reposaríais a mi lado. Iluminada del resplandor de los enebros, con las trenzas de oro cuajadas de perlas, hilando en la rueca o leyendo a Petrarca...

Adelaida le admiraba oyéndole, y el punzón de un presentimiento la detenía en su gozo, porque se atropellaba la niña pensando: ¿Pero lo hará, Dios mío? ¡Y ha de vivir tan lejos!... ¡Y la madrina y yo tan solas! ¿Pero ha de marcharse, y muy pron-

MANUEL
SEBONA

to? ¿Por qué?... Sí; por su familia, por sus estudios, por... ¡Entonces Luis Fernando no es nuestro!... ¡No! ¡No es!... ¡Entonces!...

La interrumpía su tos de enferma. Luis Fernando la ayudaba a incorporarse. De vez en cuando, desde su cuarto de costura, venía y se asomaba Lorenza.

—¿Queréis mucho a vuestra madre?

—Mucho, Adelaida. Quizás como a nadie.

—¿Y a vuestro padre? ¿Y a vuestras hermanas? ¿Tenéis más familia? ¿Algún primo también?

—Una prima tuve, bella y triste como una pasionaria, a quien quise con toda mi alma. Era pobre de espíritu y andaba ahogándose siempre por las menores cosas. Murió hace apenas dos años, con todas sus ilusiones; muerta ya, y le llegaba en el correo la última misiva de amor.

—¿Y, además de los vuestros, queréis aún? ¿A madrina la queréis?

Adelaida hablaba con ahinco, coloreada de una pronta excitación.

—¿Y a alguien más que a madrina?...

Luis Fernando la miró, inquieto de la

turbación de su voz, y recibió plenamente de los ojos de la niña su primera mirada de mujer.

VIII

Se desperezó en el aire el viejo esquilón de la Capilla. La mañana se hendía de su voz centenaria. Y se alegraban los campos porque dentro de la campana, tan anciana, se despertaba una pulsación de sonidos eternamente jóvenes. Tan locamente se volteaba, que Luis Fernando se compadeció de la espadaña grietosa de los años.

—Acabará derrumbándose—pensó—. Y entonces, pudiendo palparla y verla tan de cerca, nos asombraremos de los estragos de la edad. Cada gotera de lluvia, cada mañana de sol, cada copo de nieve, le habrán ido dejando un sedimento de decrepitud...

Y mientras, iba riéndose como una chiquilla, allá en lo alto, y en su badajo pulido y de plata se rompía, en otros muy brillantes, un rayo de sol.

Subían por las sendas grupos de gente aldeana. Se saludaban de lejos, se juntaban en los recodos, mirábanse sus galas, y ya seguían juntos, departiendo rumorosos de la fiesta. Recibían como un temor de goce en el sonido de la campana. Ansiaban el llegar, y se paraban retardándolo. La arboleda de "La Cinta" estaba muy recogida dentro del paisaje, envuelta en el aire azul, diáfano, de precioso esmalte que tenía la mañana. De un camino ondulante, con márgenes de herbazal, se les reunía una muchachuela enlutada. Apenas tendría veinte años. Y traía su rebaño de hermanitos, todos de un luto muy denso, muy pesado, de gente humilde.

Le gritaron las mujeres compadeciéndola:

—¿Y pudiste vestirlos a todos? ¿Y cómo dejas la casa? Anda, a éste no le conocía yo. ¡Pobriña! ¡Bien ganado tiene el Cielo!

El crío más chico se le colgaba siempre de la fimbria de las faldellinas. Algunos mozos arrancaron varas de los cañizares y les iban rasgando la fresca hojarasca, dejándolas desnudas como un báculo de esmeralda.

—¿Y es un cura como todos el Arzobispo? ¡Eso no puede ser!

Del grupo mujeriego, pomposo de pañolones floreados, con olor de arca, les asombraba una anciana relamida y despierta.

—¡Pues no hay para tanto, hijas! Que yo sí que vi personajes cuando vivía la Señora madre de la Baronesa. ¡Uy! ¡Y muchos juntos! En la cocina estuve, ayudando, que nunca se acababa la fregada. ¡Y qué platos, Dios mío! Blancos, blancos, ¡tan finos!, y transparentándose, como hechos de santísima hostia. Hasta una Princesa vino, que decían era tía del Rey. Yo la vi. Pero no era la más guapa...

Cuchichearon amontonándose al entrarse

por una alquería. La paz del domingo se rasgaba allí de cascada de acequia, de pulular de gallinas y gansos, de un ruidillo mecánico. La mujer, en el portalon entornado, cosía en su máquina; se oía de un lavadero, con cobertizo de cañizas, el canto de una moza que enjabonaba ropa. Unos golpes de azadón les hicieron mirar hacia las tierras removidas para la siembra, desde donde les desafiaba, engreído y pueril, Pedro con sus manos terribles como puñados de barro del terruño.

—¡Qué desvergüenza, Dios mío, qué desvergüenza!

—¡El castigo ha de pesarles!

—¡Moriran rabiando como perros!

Y se les arrojó el can, enfurecido y cojeando, rasgándole a la vieja el sayal. Hubo un barullo de gritería mujeril. Los jayanes lanzaban la herida certera de sus piedras.

—¡Hasta los bichos de esta casa están maldecidos!

—¿Y qué dicen que es ese hombre?

Evaristo, el hermano de Adelaida, que

diariamente llevaba al mercado de la villa sus granadas y sus sandías, les ayudó:

—¡Es sindicalista!

—¿Que será como republicano, verdad?

—Peor.

—¿Peor? ¡Uy! ¡María Santísima!

* * *

Sonaba el esquilón. Se apiñaron los lugareños bajo su llamada. La mujer del molinero cambiaba de alpargates detrás de un banco de mármol, que traía puestas las viejas, de labor, para atravesar la barranca. Le formaban corro una teoría de vírgenes casaderas. Los críos, acartonados de ropa de muda, se pasmaban, retardándose al pie de una estatua, asomándose a los invernaderos, y corrían luego a la madre, con un brusco sobresalto de notarse solos. De las acacias, de los pinares, de los tilos, de los árboles de lilas blancas y de los tamarindos, se escapaba una jugosa sensación de frescura, recogida con delicia de las primeras llu-

vias. El oro purísimo de Septiembre dejaba una caricia tibia en las nucas y en las frentes, y se tendía por los campos buscando el olor dulzón de los viñedos exuberantes. Brotaron unas risas. Se asaetearon las miradas hacia el grupo de los jayanes, mozos de labor, y mancebos arrieros. Recibiendo aquel ardor rudo y sensual de palabrería se reían las doncellas de la Baronesa. Se acercó Francisco, el auriga, mordiendo una clavellina, y las tuteó en voz alta, envaneciéndose ante el círculo de aquella íntima campechanería. De las puertas abiertas de la Capilla se ofrecía el recinto con estintilación de velas. Venían las Señoras.

La mantilla de blondas de la Baronesa María era un finísimo prodigio de guirnaldas que le envolvían el cuerpo como dentro de un humo de seda y de perfume. Olía a cosa anciana y primorosa guardada con esmero. Todos los años la desdoblaba la Señora, de su estuche de sándalo, para su tocado de Jueves Santo. La carretela las llevaba a ella, con Adelaida y Lorenza, hasta el camino de plátanos donde estaban los lavaderos públi-

cos, y desde allí hacían a pie la visita a los Monumentos: el de la Parroquia de San Mauro, el de los Padres Agustinos, el de la barriada humilde con un tufillo salobre de gentes de mar, el de las monjas Reparadoras, con muchas palmas y luces y las naranjas de las llagas más rojas y deslumbrantes... Aquellos encajes de la Marquesa Eugenia que ahora le veiaban la cabeza, de un rubio ficticio, habían oído contar a la Vix, tendidos sobre las espaldas escotadas de su dueña. Adelaida y Ernestina llevaban sus mantillas, sin prendidos de broches, con la misma juvenil desmaña, una desmaña que en Ernestina iba sonando a falso y que ella llamaba *gaucherie*. Y Miss Catherine las escoltaba, siempre con su alto sombrerilla silencioso y tiesecito, ya que, aunque católica ferviente, no por eso dejó de ser inglesa.

Cuando Luis Fernando, que venía en diálogo con el hidalgo viejo de la finca vecina, un gruñón muy estirado y fino en sociedad —monomaníaco ya de sus aficiones botánicas—, llegábase hasta el umbral de la Capilla, le alcanzaron unas murmuraciones de asom-

bro. Se volvió, y entre los grupos vino buscándole el buen ermitaño. La tarde anterior Adelaida, aun en su lecho de enferma, envió al hermano más chico a la ermita solitaria con el encargo de atraer al pobre viejo a la fiesta. Se quedó él mirando al mozalbete con mucha extrañeza. ¡Tantos años, Dios mío, que se iban perdiendo, y le llegaba por fin una comunicación con el mundo! Casi lloró, como todos los años lloraba el día de la fiesta de las Espigas. ¡Ya podría pensar en alguien más que en su Virgen viejecita, en su hijo muerto, en la cabra que dormía todas las noches junto a él, asomándose para verle por las maderas del pesebre!

Luis Fernando lo acogió con entusiasmo. El le mostraba su pichel de leche fresca, amparándole entre los sarmientos seniles de sus manazas.

—Para la niña la traje, ¡qué bien a gusto la bebía allá arriba!

Y escrutaba al grupo campesino, sintiéndose extraño entre todas aquellas gentes que dormían bajo su mismo trocito de cielo.

Se propagó un murmullo de sobrecogidas

reverencias. Brillaba entre los árboles una túnica morada y prelaticia. Se les iba acercando, entre un suave caminar de clérigos: el Párroco de San Mauro y sus Vicarios, el Superior de los Padres Agustinos, el clérigo de Cámara. Delante, los niños acólitos se vestían de púrpura con una espuma primorosa sobre sus roquetes.

Se perdían del sol, entrándose por la bóveda románica. Cuando ya se entraron los últimos, el labriego mayor fué entornando las pesadas puertas de encina claveteada, con la misma severidad de un portiguero de Metropolitana. Toda la Capilla se quedo aislada del día, con olor de liturgia

Las Señoras tenían sus sitiales en el presbiterio. Lorenza, con su vestido de seda negro, se repitió mirando la palidez de Adelaida: No debió levantarse. Temeridad ha sido, y muy grande.

Había como un vaho de pisadas humildes. Sobre su reclinatorio de damascos oró, antes de revestirse, Su Excelencia. Le caía de una vidriera un éter glorioso de gemmas. Tenía una belleza jerárquica.

Comenzó el oficio. El Párroco y el familiar actuaban de monagos. Los niños acólitos balanceaban las flores de plata de los incensarios. Las volutas de humo aromado creaban una atmósfera azul, y el Prelado oficiaba tras una gasa de perfumes. Dalmática roja. Un mártir en el Santoral. Sobre una bandeja de la credencia la esmeralda del anillo miraba a los fieles. Las damas leían en sus devocionarios. Ernestina hundió su mano en una bolsa de terciopelo grana colgante de su reclinatorio y acarició una encuadernación pulida. Leyó en el pergamino. Eran las Moradas de Teresa de Jesús. Y se entretuvo repasando los capituiares en oro, azul y púrpura.

Su Excelencia rezaba el *Credo in un Deo Pater omnipotentem.* Y se rasgó la liturgia de lloros de criatura en pañales. Las cabezas se movieron describiendo una onda de curiosidad. La madre, joven y asustadiza, se sofocó del peso de todas las miradas y se incorporó llevándose fuera su carga sonora. En el sol aun le duraba el arrebol de vergüenza.—Todos sabían que la criatura había

nacido en la casa del abuelo, en Gandía, antes de la boda—, y le fué meciendo su llanto, y se sentía dichosa respirando anchamente. Sobre una piedra empalidecida del ábside tomaba el sol una lagartija de orfebrería. De pronto, una melodía mística se remontaba por las columnas, se filtraba por las vidrieras, iba derrumbando todas las piedras, tan viejas y los contrafuertes tan cansados, para abrirse su camino en la libertad del valle. La madre, una adolescente de la gleba, rolliza y dulce como una ternera, incultivada como un erial, contempló al hijo dormido dentro del sol y del armonio. Se acercó al pórtico, que resonaba. ¿Si se atreviera a entrar? Pero la mirarían todos otra vez, y aquel señor Cura volvería a reprocharle desde el altar, con ojos terribles, detrás de las gafas... Desatè el nudo de su pañolón de seda que le servía de mantilla, y lo doblaba cuidadosamente, con uno de los brazos torpe y cohibido del peso del hijo. Un acólito se asomó a la puerta de la sacristía, con la cazoleta del incensario. El humo de la ceremonia perdía, dentro de la mañana, la magnificencia de

rizos y aromas que tuviera en los recintos.

—¿Quién tocaba esa música que salía de adentro?

—No lo sé, a punto fijo. Me supongo que una Señora que ya tiene el moño blanco, como de vieja. La vi que se levantaba de su asiento y subía por una escalerilla muy estrecha. Luego oí la música, pero miraba y miraba y no veía a la Señora.

—Estás muy majo con tu sotana encarnada. Esto no son tus pantalones zurcidos y tu camisa de pringue.

El niño, en una pirueta, se arremangó el sayal y le descubrió los mismos calzones de siempre, con un fantástico remiendo cuadrangular en las nalgas. Luego se hundió en la sacristía como un jirón de púrpura.

El esquilón se levantó de su reposo. Dentro comenzaron a sonar las campanillas de plata. La mujer sentada en un banco, con sombra de magnolio, se internaba en sus recuerdos. ¡Otra vez campanas! Esta misa no era como las otras misas! ¡Claro que ella, desde casada, no pudo en domingo bajarse

hasta el pueblo en detrimento de sus faenas! Pero cuando moza, la llevaba su madre... Esta sería misa de Arzobispo, que no era un Cura como todos, porque manda más. Giró un batiente de la puerta. ¡Ya!

Adelaida, entre su madre y Lorenza, se recostaba en un vahído. Detrás apareció Luis Fernando. La voz de la sirvienta se repetía sibilinamente:

—Si lo dije, Señorito, lo dije; una temeridad, y muy grande.

La madre le dejaba sobre la frente su aliento compungido. La niña comenzaba a despabilarse. Luis Fernando la habló:

—No ha sido nada, Adelaida. El olor a incienso. Vamos hacia casa, y descansarás en reposo y calma. Apóyate en mí. Da el otro brazo a tu madre. ¿Puedes caminar? Así, lentamente.

Iban por un sedero de dalias cactus, crisantemos y heliantos. La mujer que estuvo ayudándoles, con su crío dormido, se extrañó a Lorenza:

—¿Pero no salen los otros, estando enferma la Señorita?

—¡Pero cómo van a salir, hija, si en aquel momento comulgaba Su Excelencia!

Vió cómo se alejaban. Miró a su retoño. Desplegó de nuevo su pañuelo, y entró decidida en la Capilla.

* * *

Acercaron el sillón de enferma de Adelaida a los cristales de su balcón. Sus ojos recibieron la calma del paisaje, la amplitud de los confines. Y se sintió mejorada de dolencia. Ernestina y Luis Fernando le acompañaban en su soledad. Les rogó la Baronesa María para aquella labor cristiana. Todo el día tuvo que hacer los honores a su huésped. Ahora le acompañaba por los viñedos, mostrándole los lagares y bodegas, donde un hombrecillo que dejaba un olor a mosto les dió de beber, con muy fina limpieza, un venerable fondillón. Hasta allí llegóse, buscándoles, un mozo de labranza con un caballero reposado y barbudo de bastón de mando; era el Gobernador de la provincia,

que desde la casa veraniega de los padres de la esposa había venido hasta "La Cinta" en un brumoso faetón, para besar el anillo de Su Excelencia.

En los búcaros de la estancia se marchitaba el último esplendor de rosas de Septiembre. Ernestina propuso una partida de mah-jon.

—Perdonadme. No puedo serviros. Soy lo bastante tonto, o lo bastante inteligente, para no haber aprendido nunca ningún juego.

—¿Ni el ajedrez? Vuestros Príncipes de historias y de leyendas gustaban de ese encantador entretenimiento.

—¡Sí! Pero mis Príncipes, como los llamáis, eran también grandes espadachines, perfectos jinetes, y algunas veces, completamente faltos de imaginación. No me interesa el imitarles. El artista recoge esas vidas y hace abstracción de las vulgaridades cotidianas para pintar un símbolo, un caracter, una pasión, una época.

—Pensáis demasiado en artista, y habéis de cambiar con el tiempo. Quisiera hablaros a vuestro regreso de París. Necesitáis conocer

toda esa vida brillante, halagadora. En Madrid mismo no os aburriríais del todo. Yo me explico en parte vuestro terrible romanticismo. ¿Qué van a hacer los muchachos en provincias? Yo estuve unos días en vuestra Valencia. ¡Qué pesadez, Dios mío! Ni golf, ni tés, ni comidas americanas. ¿Pero no habrá aquí sociedad?, me preguntaba diariamente...

—¡Oh! La hay. Como en todas partes. La conocí una tarde en una de esas matinés aristocráticas. Margarita Xirgu nos obsequiaba con "La santa Juana", de Bernard Shaw. Os diré que me apasioné por la obra. Me bastó ver aquella expresión de aburrimiento en las damas de los proscenios, oir los graciosos comentarios de las hijas, para deducir cómo andaban los pobres cerebros. Algo completamente espantoso, Ernestina, creedme. En cuanto a vuestra invitación a esos divinos placeres de la vida, os la agradezco. Yo espero que en ese otro mundo de Madrid, y de París, las cosas cambiarán de aspecto; se habrá leído a Xavier de Montepín, y como sublime cimiento en los clásicos, "La dama de las camelias"...

Adelaida le miró desde sus almohadones. ¡Tenía su voz una entonación tan extraña! No era la misma voz que leía con exquisitas cadencias "Sublime Pálida", la voz de niño mimado, de niño ya grande que siempre va en busca de un desperezamiento de cariño, aquella voz que en las veladas íntimas de la saleta se ahuecaba de entusiasmo en la explosión de sus ideales y quimeras, o se quejaba, velada de lágrimas, en sus tristes presentimientos.

Retumbó en la peña un tiro seco. Se asomó Luis Fernando al huerto. Un fresco de neblina pasaba sobre las hojas. Comenzaba a enfriarse el sol. Adelaida se llenaba de temores.

—Pregunta quién tiró, Luis Fernando. ¿Ha sido en la olmada? ¡Los pobres gorriones! No he de comerlos. ¡Me dan pena!

—Cuando Luis Fernando bajaba por la gradilla de un campo de hortalizas, vió al guardabosque con su escopeta abrazada, y a Manuel, el hermano de Adelaida, con un hijo de la labriega, que se afanaban con sus azadones recubriendo un hoyo. Se les fué acercando.

El guardabosque se descubrió su amplio sombrerón dominguero.

—¿Qué haceis hoy en fiesta por estas tierras?

—Enterrando a "Hermes", Señorito; Juan lo acabó de un golpe certero. Fué preciso. Era incurable su mal. Nos hubiera contaminado a todos de su calentura.

Terminada la misa, se acercaron con mucho misterio a los establos. Olía a fetidez el animal, con las orejas comidas de mosquero. Zumbaba un abejorro en la penumbra húmeda. Le libertaron del peso de la cadena. El perrillo de la familia labradora acogió con grandes muestras de júbilo esta libertad del amigo. Era feúcho y pequeño, de barraca humilde, pero sus años de cachorro los había pasado entre juegos y saltos con el perro de raza. Manuel incorporó a "Hermes" de la pajiza maloliente, y le fué arrastrando con cariño hacia el patio de luz de las caballerizas. Atravesaron el jardín, pasaron junto al peristilo de la casa. "Hermes" era como un esqueleto peloso, aquel esqueleto que había sostenido hasta hacía bien poco la línea

irreprochable de galgo legítimo. El otro animal le iba promoviendo un bullicio. Cuando llegaron al campo con rastrojos de panizos, entre los que crecían algunas amapolas, cavaron un hoyo, limpiándolo de maleza; arrastraron a "Hermes", que se dejó hacer con mansedumbre. Hundido en su tumba levantó la cabeza el can pesadamente y les vertía una mirada de tristeza de enfermo. El guardabosque le apuntaba al cerebro. Sonó el disparo. De la cabeza del animal comenzaba a escaparse una sangre viscosa de meninges. El perro de los labriegos se marchaba con la cabeza baja exhalando un triste gemido.

Cuando Luis Fernando llegaba al peristilo se le reunió el grupo de Su Excelencia. La Marquesa Eugenia se interesaba, con el Prelado, por la cuestión romana. Discutían, sin duda. La dama trató de profundizar... Distraídamente le pidió Su Excelencia:

—Hagamos un poco de música. Yo espero de la amabilidad de María alguna linda canción.

Ya subían por la escalera alfombrada de

azul. Miss Catherine hacía sus comentarios al familiar.

—Monseñor es agradabilísimo. Tiene una bella cabeza. Es como un Prelado inglés...

IX

ESCANSÓ sobre una roca desnuda. Una atmósfera de oro de álamos otoñales se iba perdiendo por los confines. Eran las riberas de un río manso. El día parecía pulverizarse suntuosamente. No era una de esas mañanas de estío en la que cada línea tiene una limpieza de realismo cincelado. El difu-

mino dorado de principios de Octubre le daba al paisaje una gracia desvaída. Así recibía Luis Fernando el último sol de "La Cinta". ¡El último! La mañana siguiente se iría, entre detalles insulsos de equipaje. La mañana del otro día, ya en la ciudad. El se asomaría a las vidrieras sediento de los confines, y la vista recibiría en la masa de los edificios, como una sensación de caravanes ocultándole las distancias. ¡La última mañana de los campos! Luis Fernando se lo iba repitiendo para gozarla más plenamente, y no podía. Sentábase en una piedra, humedecía la mirada en las fosforescencias de las balsas, seguía hasta perderla la estela retozona de un ganado. No podía. Necesitaba serenidad y estaba sobrante de tristeza. Los caminos le recordaban a Adelaida bajo su pamela de violetas. Adelaida y "Hermes". El galgo muchas veces humedecía en sus fauces el extremo del *echarpe* de la niña. Volvióse Luis Fernando contemplando la ermita. Estaba muy sola en lo alto con su barandal primitivo. Se le llegaban los cipreses consolándola. Por todos los campos pasaba una mística emo-

ción de azadón dentro del cantar somnoliento del sembrador. ¡Melancólicos días de la siembra!, pensaba Luis Fernando. Nunca se siembra en los días brillantes del verano. Siempre los días de la siembra tienen una atmósfera de melancolía. ¿Es que también buscará la Vida, para sembrar en nuestras almas, sus momentos melancólicos?

—¡Buenos días tenga el Señorito. ¿Tomando el sol? ¡Y que es muy espléndido! Como el de un día de Junio.

La vieja le sonreía temblándole la mandíbula desdentada y rugosa. Traía un pañuelo con hierbas. Se la tenía como sabia en curandería. De todas las alquerías la andaban siempre buscando para remediar las dolencias de los pequeñuelos. Su casa olía a humillo de tisanas y a embrocación de empastes del agro. Un cromo con un Santo asceta colgaba, deslucido, de la chimenea, como antaño el buho de las mangas de Tesalia.

—¿Que ya mañana nos deja el Señorito? ¡Oh! ¡Virgen Santa! ¡Y cómo ha de llorarle la Señora Baronesa!... ¿Y la niña? Despedíos bien de ella. Ya no habéis de verla...

—He de volver al estío. ¿Dónde mejor he de pasar esos meses sino aquí, donde todos me queréis tanto?

—¡Ya! Volveréis. ¡Pero eso es distinto! A la niña decirle el adiós, porque de este invierno no pasa. Se va consumiendo como la lumbre del rescoldo. ¡No habéis de verla ya! ¡No habéis de verla!

* * *

Tosía Adelaida. La Baronesa se trajo su labor de tapicería. Estaba dentro del cono truncado y brillante de la luz de la pantalla. Así tenían sus manos al moverse bordando una flor, la cabeza sedosa y albina inclinándose sobre los bastidores, un nimbo de candilejas escénicas. El resto de la estancia se iba durmiendo de sombras, entre las

que apenas era un eco de oros las trenzas rubias de la enferma. Hacía frío, y estaban cerradas las ventanas. Luis Fernando apoyó su frente en el vidrio. Se perdió su mirada en el maravilloso colmenar del firmamento, en el que las estrellas libaban la miel de lo infinito. La noche le parecía muy bella, y tampoco podía gozarla. Aquellos últimos días, perdidos; perdidos ya para siempre. Le pesaba una sombra de tristeza, se le perdía el encanto del momento actual, de lo que está pasando. Las horas tenían una prisa nerviosa, El trozo de música, la conversación íntima, las sobremesas, se escapaban veloces con el tiempo, dejando una nostalgia de aquellas primeras entrevistas. Luis Fernando reforzaba con su voluntad el serenamiento de los sentidos. Pero se le anegaba el pecho de un dolor generoso, de un dolor que no admite lenitivos, ya que, no concretándose en un hecho, aniquila la argumentación y los razonamientos. El dolor de los sentimentales.

Se había sentado junto a la cabecera de Adelaida. Ella le decía, con la voz ahogada entre las ropas del lecho:

—La última noche que estás con nosotras.

¿Pero se iba a morir Adelaida? ¡Y él las dejaba aún pensando en la muerte! Venía la carta del padre exigiendo ya la marcha. Debió haber estado en París en la primera quincena de Septiembre. Eran los primeros días de Octubre. ¡Pero Adelaida estaba enferma, y muy sola la Baronesa! ¡No se moría! ¿Qué sabía la vieja de la muerte? ¿Iba a morirse, una niña casi, como era, con sus trenzas rubias, allí en aquel retiro de "La Cinta" que guardaba su pequeña arpa de los conciertos del atardecer? ¿Qué haría sin ella la Baronesa María?... ¿No podría casarse con aquel diplomático que nombraba Ernestina, y abandonaría su casona, en una mañana nublada de invierno, marchándose lejos a un hotel de Embajada?... Adelaida estaría enterrada en ese cementerio humilde que ellos contemplaban desde lo alto, con sus dos cipreses centenarios dentro del tapial encalado. Le llevarían flores las hermanas el día de Todos los Santos... ¿Y "La Cinta"? ¿Y cuando él viniera del torbellino del mundo, anhelando la quietud de los campos, y encontrara las habita-

ciones desiertas, las sendas con musgo, la saleta con su piano mudo, y el moho de casa cerrada sobre el arpa de la muerta?...

Estaba llorando. La Baronesa María dejó su labor y vino hacia él. Adelaida le acarició las manos con sus dedos de fiebre.

—No seáis criatura. ¿Un muchacho que llora a vuestra edad, cuando la vida os va sonriendo para haceros felices? Comprendo vuestra pena, porque también yo tengo corazón; pero no debéis atormentaros, Luis Fernando. Vuestro porvenir está lleno de triunfos. Tenéis un alma ávida de espíritu y de amor. Yo espero que vuestras cartas de París sean como mensajes de este bienestar que os auguro. ¡Y se repitirán luego estos meses, tan nuestros, de calma! Adelaida y yo hemos de seguir desde aquí, desde nuestro retiro, la gloria de vuestras conquistas, como antaño las damas castellanas, que hilaban en los ventanales recibiendo el eco de las cruzadas. Y cuando vuelva el estío tornaréis de lejos para ofrecernos el botín...

De las manos de Adelaida, de las palabras de la Baronesa María, recibía Luis Fer-

nando toda la dolorosa realidad de la separación.

—Dejadme que llore..., es un descanso para mi alma.

Entró Lorenza con los párpados somnolientos. Las horquillas del peinado se le desprendían del cansancio de la jornada.

—Que pensaba yo, Señora, que puesto que mañana no estará ya el Señorito, no han de traer del mercado los botes de leche condensada. La Señora y la niña la prefieren de las vacas de la alquería...

Subían las risas de las sirvientas, porque Francisco las perseguía por los corredores vestido de fantasma...

* * *

Pasó por los cristales una hoja muerta.

—Cuando se despedía Su Excelencia cayeron las primeras. ¡Quince días tan sólo, y ya todos los árboles están desnudos!

—Su Excelencia te bendijo a ti, muy especialmente. Iré a besarle el anillo antes de mi viaje...

—¿Cuándo has de escribirnos, Luis Fernando?

—Mañana mismo tendréis mi carta, y como mañana, todos los días. Mira, Adelaida, envíale esto de mi parte al ermitaño. ¡Pobre anciano! Seguramente que ya no le veo...

—¿Qué libros te estás guardando? ¿Te los llevas todos?

—No. Son mis libros de estudio. Arriba te dejé tus preferidos. Ahora cuando vuelva *mademoiselle* de sus vacaciones, has de tomar muy en serio el francés. ¿Me lo prometes?...

—Me dejaréis antes que me ponga buena. Así no puedo...

—¿Pero qué tienes, nena? Anda, no llores, que disgustarás a madrina.

—Hubiera querido despedirte levantada de aquí, desde el mirador, viendo alejarse tu coche...

Luis Fernando se recostó sobre sus almohadas mirándola dulcemente. Sobre las fac-

ciones de la niña, afiladas por la dolencia, se le abría el azul inmenso de los ojos cuajados de lágrimas.

—Déjame que te enjugue con mi pañuelo...

—...¿Pero a nadie has de querer como a nosotras? ¡Claro, que a tu familia! Pero luego, ¡a nadie más!

Entraba la Baronesa María.

—¿Ya terminasteis con vuestro maletín? Me trae el labrador del pueblo esta carta de mi prima Eugenia. Me dice que no dejéis de ir a verla a vuestro paso por Madrid, que un día le pertenecéis... ¿Cómo se encuentra mi nena?...

Le puso su mano finísima sobre la frente pálida. Escuchó el pulso. Le apartaba las trenzas, dejándolas ondulantes sobre las almohadas. Siempre andaba turbándose interiormente de opresión angustiosa.

—¡Pero no me llores, querida! ¡Si pronto has de levantarte, nena!... ¡Anda, tranquilízate! Que haces sufrir a la madrina... Así... ¿Quieres que Luis Fernando te deje llorando, cuando debes despedirle contenta, porque el médico te encuentra mejorada?...

Se oyó piafar a los caballos. Un zagal gritó de la otra parte de los jardines: ¡Que se me escapó el macho cabrío!

Estaba obscureciendo. ¡Luis Fernando se marchaba!

—Hice que engancharan a la carretela el tronco de isabelinos. Para que recordéis nuestros paseos... Luis Fernando, cumplid vuestra promesa. Me dijisteis que en París oiríais misa todos los domingos en Nuestra Señora...

Venían por el equipaje, y Luis Fernando subió a su cuarto para recoger su sombrero y los guantes. Pasó una última mirada por las paredes, por su armario de caobas, por su mesa de trabajo..., recogía todos los detalles como dejándoles un adiós doloroso...

Entró para despedirse de la enferma. Habían encendido la pantalla.

—¡Adiós, Adelaida!

Adelaida lloraba.

—¿No hay un tren, Baronesa, que sale unas horas más tarde?

—Debéis marcharos ahora, Luis Fernando...

—¡Volveré a veros, Adelaida! Vendré un

día, unas horas al menos; pero vendré... ¡Adiós, Adiós!

Tuvieron que pasar por la saleta para llegar hasta la escalera. ¡El arpa, el piano de cola, los búcaros de las rosas! La Baronesa María de Aguas-Claras se quedó en el umbral porque subía de los corredores el frescor de la lluvia.

—Sed bueno, Luis Fernando.

Y prendiendo entre sus manos la cabeza rizada, le dió un beso en la frente de poeta.

—Llevadlo a vuestra madre...

Abajo le acogieron el coro de servidores y labriegos. Al frente estaba Lorenza.

—¡Que no tarde en venir el Señorito!

—¡Abríguese!

—¡Ya no se acordará de nosotros!

—¡El Señor no es de esos!

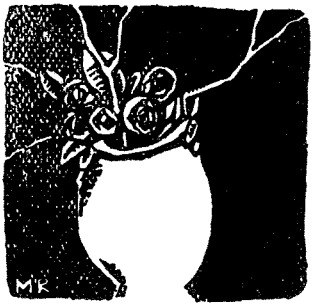
—¡Buen viaje!

—¡Que no se olvide el Señorito de lo prometido!

—¡Adiós!... ¡Adiós!...

Trotaron los caballos con un chasquido de aguazales. Rasgaban la niebla. El interior de la carretela había recogido la humedad

de las caballerizas. Como describían un recodo, Luis Fernando se inclinó a la vidriera. A través de la bruma le llegaba la claridad de la estancia de Adelaida como el místico resplandor de un lucernario.



INSTITUTO DE ESTUDIOS
JUAN GIL-ALBERT